Maximiliano

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

DEDICADO

Al distinguido literato Sr. Cárlos Rendon Perez

Editado por el semanario ilustrado "EL LUCERO"



S. DARQUEA



LIMA

Tip. de "El Lucero" Baquijano 767

1906

Al Excmo Sr. Dr. D.
Rafaél Elizalde T.
E.E. y M. P. del Ecuador en C[illegible]
Su afmo compatriota y a[illegible]

El autor

12. Nov. 1.906

Maximiliano

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

DEDICADO

Al distinguido literato Sr. Cárlos Rendon Perez

Editado por el semanario ilustrado "EL LUCERO"



S. DARQUEA

LIMA

Tip. de "El Lucero" Baquijano 767

1906

PERSONAJES

Maximiliano I.—Emperador de México
Mariscal Bazaine—Generalísimo del Ejército Franco-Mexicano
Condesa de Salm—Salm
Laura del Pinar
Rita Almarza
General Miguel Miramon
,, Tomás Mejia
,, Rafael del Castillo
,, Luis del Pinar
Raul del Campo—Brigadier Conde de Río-Negro
Coronel Guillermo Ibañez
,, Miguel López
Comandante Cosme Gutiérrez
Don Jaime Almarza
Alfredo del Rio
Un Capellan
El Fiscal de la Republica
Un Ugier

Damas—Caballeros—Militares—Pajes

MAXIMILIANO

DRAMA HISTÓRICO EN PROSA

Valgan verdades, y pese á quien pesare estamos en presencia de un legítimo drama histórico, en forma y en fondo; de una *chef d' oeuvre*, en toda la línea, como dirían los franceses.

¿Qué hacerle? No hay sino inclinarnos mentalmente y felicitar con efusión al impertérrito autor, amigo ó enemigo, quien fuera; porque la verdad literaria por delante.

Autorizadísimas firmas abonan nuestro juicio, á la manera del virgen terreno laborable por el riego fecundante del trabajo redentor.

Un gran actor como Thuillier, una pluma como Manuel González Prada, por citar solamente las primeras autoridades en la materia, no pueden y no deben de equivocarse en las cartas literarias dirigidas al señor Darquea y que tenemos á la vista.

En ellas cumpliméntasele calurosamente, y se finca el mérito de la obra en frases nacidas al entusiasmo producido por la lectura serena y reflexiva del *Maximiliano*, cuya crítica vamos á sintetizar en lo posible.

Creemos llenar con ello un deber de conciencia.

A guisa de luminoso pórtico ábrese el drama

con un hermoso prólogo-exposición, en el que el lector ve desfilar ante su vista al emperador Maximiliano y su corte, al mariscal Bazaine, á la condesa de Salm-Salm, protagonista indispensable durante un momento histórico de la ocupación francesa en México, á los generales Miramón y Mejía, los fieles adláteres del infortunado archiduque, á Laura del Pinar, eje de la acción dramática, y arrebatadora creación sobre la que debe de reflejarse preferentemente el interés del auditorio......

El prólogo constituye en rigor el primer acto formal del drama, que se desenvuelve en cuatro actos deslizándose lógico, natural y fácil; con la difícil facilidad que pedía el crítico-poeta.

Y todo en medio de las espirales de la frase rotunda, gallarda, de buena cepa; vertida en el lenguaje cortesano y caballeresco de los tiempos que fueron

Muévese cada personaje por sí mismo, por propia voluntad, con su respectiva característica; y no á la semejanza de autómatas ó de marionetes, como en otros dramas de la laya, en que los personajes todos resultan ser antiguos conocidos.

En el primer acto (léase segundo,) múdase el escenario, trasladándose la acción de la capital mexicana á Querétaro, para desenvolverse ahí hasta su trágico desenlace, hasta el episodio aquél que dió una víctima coronada más al mundo, otro holocausto á la historia, y un nuevo tema de fecundas y tristemente elocuentes lecciones para los futuros discípulos de Clío y de Melpómene!

El interés va ascendiendo de punto con la lectura del drama. ¡Escenas hay, las más, rebozantes de movimiento, de vida, de colorido! Coge el autor la nota patética al vuelo, sondeando, buzo del arte, en el alma misma de sus personajes!

La aureolada silueta de Maximiliano—paladín exmedioeval; la inquebrantable adhesión de sus compañeros de glorias é infortunios, el conde de Río Negro—amante desventurado; Guillermo, el sér des-

preocupado y alegre en el seno mismo del peligro y creación oportunísima del escritor, para que ofreciera mudo contraste en medio de otras almas sombrías y de tantas escenas de sangre;..... y circundando todo el cuadro, en el fondo tenebroso del asunto, como un ángel de luz; esa visión ideal de Laura del Pinar, de la mujer, del amor, de la hermana de caridad; y la que en vista de una correspondencia imposible á su pasión de parte de Maximiliano, da rienda suelta á los torrentes de su ternura comprimida, derramando la purísima ánfora de su alma en las expansiones del amor divino, en la cura de heridos en los campos de batalla!

No podemos menos de repetirlo; Laura del Pinar es el eje del drama.

El último acto resulta magistral, de gran efecto escénico. Acercámonos al *crucifixit*. Agrándase la sombra de los personajes. El diálogo aumenta en intensidad. El interés divídese entre Maximiliano y sus generales Miramón y Mejía. Aquí el señor Darquea ha vaciadoel resto. La trágica visión histórica sacudido há las fibras más íntimas de su musa dramática. Ese cuarto acto único bastaría para reconciliarnos con las demás partes, si, en el conjunto y aisladamente, no se viese impreso siempre el sello y cuño de la moneda legítima del mérito literario.

Y ahora no es de despreciar la consideración de que, no obstante la dificultad, la *aridez* para algunos, del argumento; porque un drama histórico no puede ser saboreado igualmente por los paladares superficiales, á pesar de eso, repetimos, el señor Darquea hános brindado con una trama amena, ligera y variada, sin desdecir de la naturaleza severa del asunto.

¡Oh poder del arte!

Y luego, contad con lo dificultoso del desempeño de un drama histórico, y muy especialmente en nuestra jóven América, donde ciertamente no abundan, ni en mucho, ni en poco, los Dumas, los Hugo, los Rostand y demás especialistas del género. Las ten-

tativas más felices apenas si exceden de los límites de la medianía, á despecho del talento ó de la vanidad de sus autores. Podríamos citar innúmeros ejemplos; y, apropiándonos medio pensamiento ajeno, agregar que «el drama histórico no es planta que se da en estas latitudes»

Tal es nuestra opinión imparcial.

El señor S. Darquea resulta una rara excepción que confirma la regla. Es del madero de los dramaturgos. Conocemos muchas de sus otras producciones literárias y periodísticas, y francamente, en ninguna de ellas reúne tantos requisitos como en la dramática. Es su especialidad, la característica de su ingenio.

Porque, no es el *Maximiliano* su ùnico drama. Ha publicado entre otros que conocemos: «*Ramón Cabrera*», en verso, episodio de la guerra carlista, y en el que ya se deja entrever la garra del león, aunque minúscula.

El drama *Maximiliano* está tomado de la novela «Fatalidad» del mismo autor y no creemos que el hijo primogénito compita en merecimientos con la madre.

Es ya tiempo de terminar la presente, formulando los votos más íntimos para que en el día se represente el hermoso drama, á fin de que el público aprecie sus múltiples bellezas y no se nos atribuya apasionamiento. Después de todo, ¿qué culpa tenemos nosotros, pobrecitos pecadores, de que la obra sea buena, y el señor Darquea un distinguido intelectual en la materia? ¡Allá él! ¡Feliz él!

Lector: Coge el original; léelo (con criterio) y juzga. ¡No seremos nosotros los equivocados!

PEDRO RADA Y PAZ SOLDAN

Lima, 31 de julio de 1906.

MAXIMILIANO

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO

La acción en México durante el II Imperio

POR

SECUNDINO DARQUEA

PRÓLOGO

"Salón en el palacio imperial de Chapultepéc—Se conmemora el natalicio del Emperador—Al fondo de la escena un bien provisto "bar"—Selecta concurrencia discurre, formando grupos en torno de él, y atendida por pajes de librea.

ESCENA I

CONDESA DE SALM-SALM, MARISCAL BAZAINE

[*Sentados en el mismo sofá*]

Bazaine.—Créis, pues, que debo hacerlo hoy.

Condeza.—Sí, amigo mío; en el acto. Y ojalá que al saber lo que ha resuelto Napoléon, S. M. Maximiliano marche, inmediatamente, á Europa. Nadie más digno de ceñir una corona que el augusto príncipe; pero, ni con ser así, es

le someterá jamás el pueblo que lleva en sus venas la sangre indómita de Guatimozín.

Baz.—Bah! Señora Condesa. Sin la ineptitud de Lorencez y la fatuidad de Forey, os aseguro, que no existiría ya un solo faccioso en armas.

Cond.—Pero me perdonará, Mariscal, que le manifieste que tampoco hemos avanzado mucho durante su comando en jefe.

Baz.—Efectivamente, debido á que el movimiento anti-dinástico había tomado ya proporciones colosales.

Cond.—¿Con qué nada hará, en adelante, en obsequio al Emperador de México?

Baz.—Lo que estimo como desgracia, y no pequeña, para mí.

Cond.—¿Y qué piensa en orden á lo acordado por el Emperador de los francéses?

Baz.—Que es resultante del morboso estado en que se encuentra......Napoleón no es ya el hombre de las grandes resoluciones, el intrépido aventurero de Strasburg y de Boulogne, el autor del famoso golpe de Estado del 2 de Diciembre, el brillante soldado de Turbigo, Magenta y Solferino, no; en la hora presente, es un pobre hombre, en plena decadéncia fisica y moral, de cuya debilidad abusan los duques de Morny, de Gramont y de Persigny, gestores de los negocios de Francia.

Cond.—Supone U. entonces que no es el responsable de la resolución tomada.

Baz.—Podría jurarlo. Y pluguiera al cielo que sea el último desacierto que le hagan cometer esos señores. Lo peor del caso que el lastimoso estado en que se encuentra S. M. es notorio en Europa entera. Recuerdo que, no ha mucho, en Biárritz, paseando con el conde de Bismarck, á orillas del océano, tuve oportunidad de escuchar algo que hirió profundamente mi alma. El diplomático teutón me dijo, con la ruda franqueza que le es característica: "Que el Em-

perador estaba en absoluta incapacidad de reinar, y que el trono imperial sólo se salvaría con el advenimiento al mando supremo del príncipe heredero, bajo la tutela de su augusta madre, y confiriéndoseme la tenencia-general de los ejércitos." "La Prusia—agregó—apoyará esta evolución, que, impidiendo el triunfo de la demoeracia francesa, daría, al mismo tiempo, paz y tranquilidad á los Estados vecinos conmovidos, cual más cual menos, por la zapa del malhadado socialismo.

Cond. (*ap.*)—¡Ambicioso!

Baz.—Haciendo abstracción de lo que me respecta, ¡qué queréis, amiga mía! fuerza es admitir: que en cuanto dijo le asistía cumplida justicia. Lo que pasa ¿no es prueba inconcusa de falta absoluta de esa clarividencia del porvenir que debe informar los actos de un gobierno serio? ¿Abandonar México no equivale á sacrificar el crédito y honra de la Francia?

Cond.—No hay duda alguna.

Baz.—Dejaremos que, con paso lento pero seguro, esos malhadados *yankees* realicen su ideal. La doctrina de Monroe se cumplirá: "*América para los americanos*"; es decir, para los *anglo* que á los míseros *latinos* á duras penas si los consideran al mismo nivel en que actúan los bravíos *pieles-rojas*, á quienes civilizan á balazos.

Cond.—Mucho temo que así suceda.

Baz.—Tened evidencia de ello; y no es esto sólo, ¡Que tiemblen los Estados de Europa, que tiemble el mundo, cuando ese coloso del Norte llegue al desarrollo completo de sus fuerzas prodigiosas! ¡Será invencible!

Cond.—¿Y por qué los gobiernos europeos no lo impiden en tiempo?

Baz.—A tal propósito respondió la presencia de las banderas de guerra de tres naciones en estas playas. Por desgracia la malhadada polí-

tica continental trajo el fracaso con el alejamiento de las fuerzas *anglo-españolas*. ¡Cuán caro pagaremos tamaño error! Marcho á Europa, con el alma saturada de amargura. El alejamiento de mis tropas de este suelo gran vergüenza es para mi patria, y victoria cumplida que se ofrenda en aras de la sórdida codicia de los mercaderes del Norte. No lo cree así el General Mejía; pero mi querido suegro, en esto como en muchas cosas, está en lamentable error.

Cond-—¿Y se conforma con el alejamiento de Ud.? ¿Le ha dicho algo al respecto?

Baz.—No: equivaliera á perder, lastimosamente, el tiempo. Mejía es un soldado fiero y nada más; un soñador que se empeña en creer que basta con su espada para afianzar, definitivamente, el trono de Maximiliano. Con la noticia de mi viaje, os lo aseguro, su alegría será inmensa.

Cond.—Imposible suponerlo, Mariscal. Tan lo creo así que me permito invitarle á que, en mi presencia, se lo participe.

Baz.—Obedezco; pero palparéis el resultado.

Cond.—Espero sea satisfactorio. ¡América, edén del mundo, podías ser también su salvaguardia! Sin las torpes rivalidades latentes siempre entre tus jóvenes naciones y la ruin política de caudillaje, que recibiste en triste legado, nada tendrías que temer de los más fuertes, ni el porvenir se te mostrara tan sombrío...... Su brazo, Mariscal.

Baz.—Con placer, señora Condesa. (*Se dirijen hacia el fondo de la escena.*)

ESCENA II

RITA Y GUILLERMO IBÁÑEZ

Rita.—El peligro es inminente.

Ibáñez.—¿Y quién el bellaco, bellísima hurí, que

trata de que duerma el sueño eterno justamente cuando, por amor á Ud., anhelo largos años de vida y de ventura?

Rita.—¡Oh dolor! Voy á vender un secreto de mi padre.

Ibañ.—¡Hola! ¿Tenemos de por medio al bueno de don Jaime?

Rita.—Por desgracia.

Ibañ.—Estoy pendiente de sus divinos labios.

Rita.—Pues bien, sepa Ud. que hoy, durante largas horas, han departido en casa, con mi padre, el brigadier del Pinar—ayudante del General Porfirio Díaz, que está aquí de incógnito—y un jefe imperialista—cuyo nombre ignoro,—que pertenece al regimiento "Cazadores de la Guardia", y que dijo estar resuelto á asesinar al Emperador.

Ibañ.—¿Es por ventura un mozallón como de treinta años, tez bronceada, ojos de mirar avieso, cabello negro, crespo y abundante?

Rita.—El mismo.

Ibañ.—¡Ah malvado! ¡Ah! infame Gutiérrez!!

Rita.—El señor del Pinar y mi padre se opusieron á tan criminal intento, alegando que un hombre de corazón tan levantado como el General Díaz no disculparía tal crimen aunque hubiese de redundar en beneficio de la causa republicana.

Ibañ.—Tengo de ello la seguridad más íntima.

Rita.—Ese mal caballero prometió seguir la indicación de sus interlocutores, pero parecióme observar en su semblante que el criminal intento sería inevitable.

Jbañ.—No, mi buena Rita: lo impediremos.

Rita.—Ya vé, Guillermo, hasta qué extremo me conduce el loco afecto que me ha inspirado, cuando debo desconfiar del suyo.

Ibañ.—Tal desconfianza ¿por qué?

Rita.—Se dice que esos sentimientos que desarrollan en un momento toda su intensidad, pasan

luego, como el relámpago, sin dejar huella de su existencia efímera.

Ibañ.—Los que tal afirman, es porque no sienten lo que siento yo, ó porque jamás han encontrado, camino de la vida, una mujer como Ud.

Rita.—Pero un afecto tan reciente!......

Ibañ.—¿Es necesario ver al Sol más de una vez para admirarlo? ¿Es fuerza que prodigue el turpial sus arpégios para deleitarnos? ¿La Venus de Milo demanda, acaso, fatigoso examen para que se aquilate todo el encanto de su belleza? No, amiga mía. Y á Ud., que lleva en sí—en consorcio mágico—luz, poesía, hermosura y armonías; ¿ha de ser indispensable la acción del tiempo para que se le rinda tributo de esa admiración generadora del amor?

Rita.—Me abruma, Coronel, con sus galantes frases.

Ibañ.—Mi afecto es puro como la luz de esos ojos, eterno como el espíritu en que vive...... Pero vamos en demanda del conde de Rio-Negro, Gobernador de Palacio, para hacerle notorio el infame proyecto de Gutiérrez. Le ví, no ha mucho, en el salón del trono, departiendo con nuestra amiga la señorita del Pinar, y entregado, al parecer, á muy sabrosa plática.

Rita.—Debió ser así. Sospechas vehementes me asaltan de que entre Laura y el Conde media simpatía recíproca.

Ibañ.—Y, por Dios, qué más gentil pareja en vano fuera buscar. Pero, véalos: vienen hacia nosotros.

ESCENA III

Dichos: LAURA—RAÚL

Ibañ.—Os saludo criaturas venturosas.

Laura.—Mil perdones, ante todo, porque llego, sin duda, en momento poco oportuno ¿verdad?

Ibañ.—No tal, Laura encantadora. Viene Vd., como siempre, cual el Sol, para alegrarlo, para embellecerlo todo.
Laura.—¡Zalamero! Vengo en busca de Ud.
Ibañ.—¿Si? ¡Oh placer! Héme aquí á sus órdenes de manera incondicional.
Laura.—Escúcheme. El Emperador desea oír mi voz en obsequio á la distinguida concurrencia congregada en Palacio. A fin de dar brillantez á ese acto he resuelto,—de acuerdo con el señor Conde,—que Ud. me acompañe en tal empeño Hánme asegurado, amigo, que tiene Ud. la fortuna de unir á una linda voz de tenór, buen caudal de conocimientos musicales. ¿Me complacerá?
Ibañ.—Un deseo de Ud. es para mí más, mucho más, que las máximas del Evangelio para el cristiano, más que el Credo de Sackia para el hijo del Himalaya y los versículos del Korán para el sectario de Mahoma, más que......
Raúl.—Basta, basta querido camarada. Bien sé que si te engolfas en esas disquisiciones ya tendremos para largas horas.
Ibañ.—Verdad. Consagré algunas vigilias al estudio de tan soporífero asunto para adquirir la seguridad—consciente en lo posible—sobre cual de esas distintas religiones, que encadenan la libertad humana, se adaptaría mejor á mi temperamento. Afirmo que, á la postre, me parecieron todas igualmente inaceptables y de encantadora puerilidad en su liturgia. Me quedé, pues, sin ninguna, y mi alma altiva sólo rinde adoración á la diosa Hermosura, tan dignamente representada aquí.
Laura.—Já! já! já! Es Ud. terrible.
Raúl.—Menos palabras, camarada. Esta señorita aguarda.
Ibañ.—Estoy dispuesto á todo, amiga encantadora.
Laura.—Pasemos al gabinete de estudio de la Em-

peratriz, en cuyo pupitre no faltará algo que nos convenga interpretar. ¿Y no es cierto, Coronel, que los grandes maestros—como nosotros v. g.—no han menester del ensayo previo para salvar las dificultades de cualquier partitura?

Ibañ.—Evidente, señorita. Pero no lo es menos que en estos momentos—merced al compromiso en que Ud. me pone—necesitaría para mi gasto, y de manera imperiosa, uno de aquellos pomitos de sales alcalinas, porque siento todos los síntomas precursores del vértigo.

Raúl.—Anda, anda calvatrueno, y afánate por no salir con un desentono, so pena de ser anonadado por silbatina colosal.

Ibañ.—¡Bah! ¿Y había de suceder tal cosa cuando estoy resuelto á dar en público el *do* de pecho, como he dado ya—en privado se entiende—el *sí* de corazón.

Laura.—¡Bueno, bueno, bravo Coronel! Bien se vé que en las lides de Cupido no es Ud. menos afortunado que en las de Marte. ¿No es verdad preciosa? (*A Rita*).

Rita.—No comprendo......

Laura.—Picarona, eres muy reservada...... [*á Ibañez*] Vamos, Coronel; bien pudiera nuestra amiguita increparle por la indiscreción cometida.

Ibañ.—Tiene razón: marchemos al punto. (*á Raúl*) Procura que Rita lleve á tu conocimiento lo que acaba de revelarme: asunto es sumamente grave.

Raúl.—(á *Laura*) No os hagáis esperar demasiado.

Laura.—Procuraré complacerle, Conde.

Ibañ.—(*ofreciendo el brazo á Laura*). Dejo el corazón aquí.

Raúl.—El mío, en cambio, vá con vosotros.

Laura.—Fraternalmente, se entiende, no es cierto, amigo mía? [*Laura y Guillermo se alejan por una puer-*

ta lateral; Rita y Raúl también de brazo, van hacia el fondo de la escena, y se pierden entre los grupos que por allí discurren en animada conversación.)

ESCENA IV

ALFREDO—ALMARZA—GUTIÉRREZ

Gutierrez.—¡Oh rabia! ¡Oh dolor infinito!

Alfredo.—Y ahora ¿qué nos dice, Comandante? Laura y Maximiliano ¿se aman ó nó?

Gut.—Imposible, por desgracia, ponerlo en duda. La revelación que se me ha hecho y lo que yo mismo he podido observar, han arrancado la venda de mis ojos. Laura ama á S. M y á mí, que la adoro con toda la energía de mi alma, me desprecia, me humilla á cada paso. ¡Maldito el sino mío!

Almarza.—Que le consuele la idea de próxima venganza.

Gut.—¡Oh sí! Nube sangrienta ofusca mis miradas; debo matar y mataré, aunque el mundo todo se desplome sobre mi cabeza infeliz.

Alm.—No hay que pensar en crímenes, amigo mío. La República no se manchará. Además, el General Díaz, cuya gentileza es notoria, y de quien dependemos directamente, no acepta asesinatos: ya se lo he dicho.

Gut.—(*ap.*) ¡Viejo imbécil, cuán bien se conoce que no llevas en tu pecho el volcán en que el mío se consume! ¡Maximiliano de Austria, debes ser sacrificado en aras de mi implacable venganza y lo serás, hoy mismo!

ESCENA V

Dichos: MAXIMILIANO—GENERALES—LÓPEZ—UGIER

Ugier.—(anunciando) ¡Su Magestad Imperial!
[*Max. en traje de Almirante, se dirige al centro de la escena: los cortesanos le rodean.*]

Maximiliano.—Nobles damas, caballeros todos, os saludo y agradezco cordialmente vuestra presencia en Palacio en este día que conmemora el de mi natalicio. Lamento tan sólo que mi augusta consorte no participe de la satisfacción que, en estos momentos, ensancha tan dulcemente mi corazón.

Miramón. — VV. MM. deben contar siempre con nuestro entrañable amor.

Max. — Y vosotros con el que Nos inspiráis. La Emperatriz y yo somos mexicanos de corazón —creedlo, amigos míos—y os amamos con toda la ternura del alma.

Alf. (*á Alm.*) — ¡ Cuán duro verse en el caso de combatir á tan noble príncipe!

Alm. (*á Alf.*) — ¡ Qué hacer ! El amor al patrio suelo á ello nos obliga.

Gut. (*ap.*) — No, no te odiaba Emperador. Mi sangre por tí vertida bien alto lo está diciendo. ¡ Pero hoy sí; hoy siento el vértigo de tu aniquilamiento!

ESCENA VI

Dichos: LAURA—CONDESA.—BAZAINE.
MEJÍA.—IBÁÑEZ.

Laura (*ap.*) — ¡ Oh príncipe fascinador cuya influencia esquivo en vano!...... Beso la imperial diestra de V. M.

Max.—No, siempre tiene preferencia la que lleva el cetro de la belleza (*beza la mano de Laura*)
¿Habeis olvidado que deseo halaguéis nuestros oídos con las divinas notas de esa garganta de cristal?

Lau.—No, Sire, no se olvida lo que tanto honra: hé aquí la partitura de un *dúo* que cantaré con este excelente tenor (*señala á Ibáñez.*)

Max.—Ignoraba, querido, que á las múltiples condiciones que hacen de ti personalidad alta-

mente simpática y distinguida, unieras esa más.

Ibañ.—Propicio el cielo me permita salir airoso del compromiso contraído, para aparecer siempre en forma grata á los ojos de V. M.

Max.—De ello no dudes, mi brabo Ney mexicano.

Ibañ.—Perdón, Majestad, si declino el alto honor que tal calificativo encierra.

Max.—¿Y eso por qué?

Ibañ.—Séame permitido daros la razón. La punible actitud del príncipe de la Moscowa en *Fontainebleau*, porque, sin duda, estaba ya rendido por el peso de tanta gloria. El emperador Maximiliano, mi augusto monarca, me verá siempre, de pié, á su lado, así en el duelo como en la aventura. Lannes, el héroe de Montebello, axhalando su postrer aliento en brazos del gran Napoleón, á orillas de vuestro Danubio. Sire, que había sido testigo de una lucha de jigantes, es para mí el tipo del caballero y del soldado leal. Os aseguro, Majestad, que el colmo de mi ventura consistiera en morir con tanta gloria.

Max.—No me hables de morir; vivirás muchos años para tu gloria, para la patria y para mí, (*Guillermo se inclina reverente.*

Mej.—El ejército presenta en este día á V. M. sus sentimientos de amor y adhesión sin límites.

Max.—Diga Ud. señor Mayor General, á esos valientes soldados que, con toda mi paternal ternura, recibo y agradezco su noble saludo.

Baz.—El Emperador de los franceses me ordena presentar á V. M. I. en tan gloriosa efeméride los votos que hace por vuestra ventura personal y por la grandeza y prosperidad del pueblo mexicano.

Max.—Dios se las dé cumplidas á vuestra ilustre patria y gloria siempre creciente á su excelso soberano [*se escucha lejano preludio de orquesta*]. Y

bien, amigos míos, tornad á disfrutar de los placeres que os brinda Terpsícore.

Cond. (*ap. á Max.*)—Indispensable que, con la premura posible, déis audiencia al Mariscal. Indicadme, si lo tenéis á bien, el lugar en que recibirá ese honor.

Max.—En este mismo salón, tan luego como se retire la concurrencia. Id, señores: presto os seguiré.

(*Los cortesanos dan el brazo á las damas y se alejan. Los Generales y el Conde de Río—Negro, se detienen al fondo de la escena, hacen algunas libaciones, y, al parecer, sostienen animada conversación.*)

ESCENA VII

MAXIMILIANO—CONDESA—BAZAINE

Max.—Le escucho, señor Mariscal; siéntese. Os lo suplico también, señora Condesa. (*se sientan*).

Baz.—Perdonad, Sire, si en un momento tan poco oportuno me atrevo á ocupar la atención de V. M.

Max.—Bien sabe, Mariscal, que para escucharle he prescindido á menudo de la etiqueta palatina.

Baz.—Os juro, Sire, que no sé cómo iniciar el cumplimiento de la dolorosa misión...... La llegada de Mr. de Saillard......

Max.—¿Dolorosa misión ha dicho?

Baz.—Por desgracia, sí.

Cond!—Ay! ¡No puede imaginar V. M. cuántas lágrimas me cuesta la fatal nueva!

Max.—Mariscal Bazaine, concluya usted; se lo mando.

Baz. — (*haciendo profunda reverencia*) Obedezco. El emperador Napoleón mi augusto soberano, me ordena manifestar á V. M. I. que, mal de su grado, cediendo á imposiciones ineludi-

bles y perentorias, se ve en el duro caso de retirar de México las fuerzas que operan á mis órdenes. (*Max. se pone de pié*).

Max.—¡Qué escucho! ¡Oh! ¿Y es posible que así se falte á la fe jurada, á compromisos sagrados cuyo no cumplimiento entraña consecuencias fatales que no es difícil preveér? Si el Emperador Napoleón—óigalo bien Mariscal—me abandona en medio á los horrores de una situación creda por él contra mi voluntad, su conducta no fuera la que cumple á un caballero, mucho menos á un monarca.

Baz.—Señor...... (*de pié*).

Condesa.—Calmáos, por Dios, Majestad (*empalmando las manos*),

Max.—¡Cobarde! ¡Me arroja en manos de mis implacables enemigos; me hace la víctima expiatoria de su política torpe y malhadada! ¿Y es este el hombre que ocupa el trono de Carlo-Magno y Enrique IV, de Luis XIV y Napoleón el Grande? Oh! ¡Qué ignominia para la Francia!! (*paseándose agitado*).

Condesa (*ap. á Max.*).—Señor, señor, por piedad, no agravéis vuestra situación.

Max.—¿Y qué me importa ya? ¡Caeré, sí, pero como deben caer los de mi extirpe soberana!

Baz.—Majestad, os ruego que me escuchéis. El Emperador Napoleón no os abandona; os espera y......

Max.—No, no hay nada de eso...... ¡mi sacrificio decretado!...... el corazón me lo está diciendo á gritos.

Baz.—Mayor motivo para emprender el viaje. Vamos á Europa, gran Señor, vuestra presencia en las Tullerías ha de arreglarlo todo.

Max.—¡A Europa!...... ¡á Miramar!...... ¡á los brazos de mi adorada Carlota, que en abandono cruel llora mi ausencia y agosta su preciosa vida......! Oh! sueño encantador, pero, por desgracia, irrealizable!!

Cond.—Sí, á Europa, por ese mar que meció vues-

tra cuna; por ese mar que,—durante las horas de silencio solemne, ó ya cuando el huracán enloquecido azota las olas crinadas de espuma—trae el recuerdo de los grandiosos hechos que ilustran vuestra vida militar......

Max.—¡No, no; imposible!...... ¡Empeño inútil!

Baz.—Partamos, Síre, partamos. Allende los mares os esperan la felicidad, la gloria, el reposo, y aquí......

Max.—¡Aquí!.. ... Bien lo presiento...... ¡la muerte!!!...... Pero no debo partir y no partiré...... ¡Huir!...... ¡Eso sería indigno de mí, del Emperador Maxímiliano, descendiente de una dinastía cuyo glorioso abolengo se pierde en la noche de los siglos !!

Cond.—Traéd á la memoria esas cartas de vuestra augusta esposa, que parten el alma y sobre cuyas páginas, que aún conservan huellas de lágrimas, parece haber batido sus alas el ángel de la muerte y llevadle, con vuestros labios, esta amorosa. respuesta: ¡"Carlota mía, tu vida antes que todo"!

Max.—¡Antes que mi honra nó, mil veces, nó! ¿Soy, acaso, un miserable para abandonar á esos leales compañeros que dan su sangre por mí, y á quienes he jurado salvar ó sucumbir con ellos? Míreme bien, Mariscal de Francia, hacedlo también vos, señora Condesa, y advertiréis: que si mi frente puede ceñir la corona de un martirio noblemente aceptado no llevará jamás el *inri* del oprobio. Jamás—entiéndanlo bien—jamás haré lo que de mí se exige, porque es innoble, porque es vil, y yo he de ser siempre, el que siempre he sido.

Cond.—Perdonad, Sire. (*trata de arrodillarse*).

Max.—Alzad, Condesa. Bien se me alcanza que es levantado el móvil que os impulsa á aconsejarme que deje estas playas, tan adversas al par que amadas para mí; bien sé que en ellas está mi Calvario; pero el honor, el crédito de mi nombre me imponen quedarme, y

aquí estaré hasta que salga digno ó muera honrado.

ESCENA VIII

Dichos: Generales.—Rio-Negro. — (*Se aproximan al Emperador al notar su agitación*).

Max.—Muy oportuna vuestra llegada, amigos míos. Venid que tengo de comunicaros algo muy grave para vosotros, que hacéis verdadero culto de la lealtad y amor á mi causa y mi persona.

Mir.—Somos enteramente vuestros, Majestad.

Mej.—Bien lo sabéis, Sire.

Max.—Gracias, si, bien lo sé, amigos míos.

Cast.—Como jefe de la casa militar de V. M. I., juro por mi palabra de caballero, que si, por desgracia, llega alguna vez á vacilar el trono, nunca ha de ser antes de que haya sucumbido el último de mis soldados.

Max.—¡Qué espectáculo tan conmovedor, mi bravo del Castillo! ¡Bendita tierra americana que sabes poner en el corazón de tus nobles hijos todo el fuego inextinguible que encierran tus volcanes en sus entrañas de granito. Monstruo de ingratitud llamáraseme, y con justicia, si á tan insólita adhesión no correspondiera con todos los sacrificios imaginables. Brigadier del Campo, busque al Ministro de Estado: le espero en mi despacho. (*á Bazaine*). Voy á darle par escrito mi respuesta á Napoleón. Señores, que Dios os guarde (*se aleja seguido por dos ayudantes de campo*).

ESCENA IX

Dichos: menos MAXIMILIANO.—RIO-NEGRO.—AYUDANTES.

Cast.—Pláceme, señor Mariscal, tener oportunidad de preguntarle algo que á los defensores del trono nos interesa saber.

Baz.—Diga Ud., General.

Cast.—¿Qué fundamento tiene la noticia que, con insistencia, circula en Palacio y se relaciona con Ud?

Baz.—Como no procure ser más explícito, paréceme que no voy á entenderle.

Cast.—He de conseguirlo.

Baz.—Holgárame de ello.

Cast.—Se dice que Ud.,con las fuerzas francesas que comanda. debe dejarnos pronto. ¿Es positivo?

Baz.—He manifestado á S. M. lo que hay al respecto, y entiendo que es cuanto me cumple hacer.

Cast.—Respeto su reserva. Mas en la hipótesis de que el rumor á que aludo tenga fundamento, nadie dejaría de afirmar: que tal procedimiento sería altamente abominable. No se juega así con la suerte de los pueblos.

Baz.—La forma asáz ruda de exteriorizar su pensamiento me obliga á decirle: que en buena hora puede Ud. dar como exacta la tal nueva y dejarme en paz.

Cast.—¡Si, eh! Pues bien, en tal caso, también ha de permitirme quede sentado: que su amo sería un villano y los que obedecen sus órdenes no pasarían de la esfera de esbirros de un príncipe sin honor.

Baz.—(*desenvainando la espada*) ¡Ah! ¡Miserable!

Cond. — (*interponiéndose*) No hay que ovidar, señores, que estamos en la morada imperial.

Mir. (*á del Castillo*).—Repórtese compañero. Ud.,

Mariscal, envaine esa espada y que nadie se entere de que con su actitud ha osado insultar este sagrado sitio.

Baz.—Las palabras de ese señor no podía contestarlas sino con la punta de mi acero.

Cast.—El mío se encargará de la réplica.

Baz.—Espero que cumpla tal promesa.

Cast.—Tenga evidencia de ello.

Cond.—(*anunciando*) S. M. el Emperador.

Cast.—Deuda aplazada, Mariscal Bazaine.

Baz.—Y como de honra, se pagará con sangre, General del Castillo.

ESCENA Xª

Dichos: MAXIMILIANO

Max. (*á Bazaine entregándole un pliego*).—Aquí tiene la respuesta para mi buen hermano de Francia (*con ironía*). Remítala hoy al Almirante de Genouilly, y que el buque más rápido lo conduzca á Europa.

Baz.—Se hará así, Majestad. No dejaré de manifestaros que, con dolor profundo, me someto á las imposiciones de la obediencia militar, al partir antes de haber exterminado esas gavillas de malhechores baldón de México.

Cast. (*á Miramón*). ¡Tan farsante como su amo! (*á Bazaine*) ¿Con que nos deja, Mariscal? Pero nunca ha de ser sin que le repita en el terreno de la realidad lo que dije en el de la hipótesis.

Baz.—La presencia de S. M. sella mis labios.

Max. (*á Castillo*)—¿Qué ha querido manifestar, General?

Cast.—Aludía, Sire, á un cambio de palabras que tuve con el Sr. Mariscal, á propósito de su viaje, en el que, á decir verdad, no creí jamás.

Max.—En efecto, natural vuestra duda.

Baz.—Soy soldado y obedezco. Pero se tranquiliza un tanto mi espíritu al pensar en que tenéis á vuestro lado, Sire, distinguidos Generales que darán cuenta muy luego de los *latrofacciosos.*

Cast.—Escucho por segunda vez que el Mariscal se permite dar calificativos denigrantes á mis compatriotas extraviados. Con perdón de V. M. y á fuer de mexicano he de suplicarle se abstenga de vilipendiar á hombres como Juárez, Diaz, Lerdo, Zaragoza, Escobedo y otros mil que abrazan una causa, inconveniente desde luego, pero que honra en sumo grado á los que con tanto heroismo la defienden. Continuaré batiéndome á muerte contra ella, pero saludando con mi espada á sus legiones inmortales.

Baz.—Un consejo General. Procure no dar en mano de esos caballeros, cuya apoteósis con tanentusiasmo nos hace: le fusilarían sin remedio.

Cast.—¿Y qué agravio hubiera en ello?.........¿Morir sobre el campo de batalla ó en un patíbulo que honra, acáso no es lo mismo para un militar de honor?

Baz.—[*impaciente*] Con vénia de V. M. me retiro á á ultimar mis preparativos de marcha. Además conozco, por desgracia, que mi presencia en palacio ha dejado de ser grata.

Max.—No, Mariscal, espere un momento. Deseo en compañía de Ud. comunicar á mi Corte el acuerdo imperial que me ha trasmitido y la respuesta que envío á su Emperador [*se diríje á los ayudantes.*] Id, señores, y comudicad á todos los psesentes en el real alcázar que les espero aquí.

ESCENA XI

Dichos:—MENOS AYUDANTES

El Emperador habla con Miramón; Bazaine, la Condesa y Mejía forman grupo aparte.)

Baz.—Ya sabéis, mi buena amiga, lo que el General piensa. Por desgracia, en mi concepto, su prejuicio bien puede costarle la vida.

Mej.—Vaya tranquilo, querido hijo. Hasta su hermosa patria, y muy pronto, ha de llegarle la nueva del triunfo definitivo de Maximiliano I. que Dios guarde.

Baz.—Pluguiera al cielo, pero no lo presiento.

Cond.—Por lo menos, General, le estimaré el que me asegure no apoyar á S. M. en la resolución de permanecer aquí.

Mej.—Me obligo á ello, pero creo que, aún sin ésto, no partirá. Conozca el corazón caballeroso é indomable del príncipe.

[*Grupos de damas y caballeros invaden el salón.*]

ESCENA XII

Dichos: DAMAS, CORTESANOS, OFICIALES

Max.—Sed bien venidos, amigos, en torno mío. Nunca más que hoy he menester del calor de vuestro afecto; hoy, que si mi alma no vacila, como no ha vacilado jamás, está entristecida por el alcance de la resolución que las circunstancias me imponen.

Cast.—Os escuchamos, Sire.

Ibañez.—Hablad, señor. Leales súbditos llev are mos la fidelidad á vuestra augusta persona hasta el sacrificio.

Max.—Lo sé; y tal seguridad me bastara para

reiteraros en este acto solemne la promesa de que no he de abandonaros jamás. Oh! El mandatario que no sabe corresponder el afecto de su pueblo es un monstruo que da horror. Al frente de vuestros destinos, os juro, que sólo dejaré de cumplir los deberes que tal confianza me impone cuando este corazón haya cesado de alentar.

Ibañez.—¡Viva el Emperador!

Todos.—¡Viva!

Max.—*Conmovido* ¿Diga mariscal Bazaine, si aún sobre el cadalzo, puede ser infeliz un monarca que vive en tan nobles corazones?

Baz.—Jamás, gran Señor.

Max.—Ahora escuchad oh! caballeros. Notorias las dificultades de nuestro presente.........El imperio sublevado desde el Paso del Norte hasta el Tehuantepéc, desde Veracruz al Golfo de California..... ....El señor mariscal de Francia aquí presente, debe abandonarnos pronto con sus legiones. ¡El cuadro de nuestra actualidad muestra, pues, siniestra faz, y su conclusión probable la catástrofe! ¿Qué me cumple hacer en vuestro obsequio? Lo sé: desligaros, como en efecto lo hago, de los juramentos prestados al pie del trono, Podéis adoptar, con entera libertad, el temperamento que os cuadre, para poner á cubierto persona, familia é intereses, sin que por eso os ame menos mi corazón, [*muy conmovido.*]

Todos.—Jamás, jamás.

Mej.—Antes morir que abandonar á V. M.

Cast.—Os hablo, Sire, en nombre de los seres levantados que rinden noble vasallaje á una adversidad gloriosa: moriremos, si es menester, en las gradas del trono, y, aún así, nuestros cadáveres os servirán de antemural sagrado.

Mir.—Reiterad, señores, el juramento de adhesión incondicional á nuestro amado Soberano. [*Desenvainando la espada.*]

Todos.—Sí. sí, lo juramos [*Los militares blanden los aceros, los cortesanos tienden los brazos, las damas aplauden.*]

Baz.—¡Grandioso espectáculo!

Max.—Mariscal Bazaine, cuente á la Francia, á la Europa, al mundo, lo que presencia en estos momentos. Diga además á Napoleón III, en mi nombre, que si su trono se apoya en las bayonetas de un ejército invencible, del mío son base corazones heróicos, en cuyo amor tengo la más profunda fe. Valientes Generales, llevad á nuestros camaradas la nueva de que mañana me pondré á su cabeza, para triunfar ó sucumbir con la gloria que cumple al primer soldado de la monarquía. Y vosotros, nobles señores, ofreced por doquiera la seguridad de que sería para mí supremo dón si, al regar con mi sangre la arena del combate, pasara á vivir para siempre en el pecho indómito del pueblo mexicano. Sí, mañana saldré para Querétaro (*á Mejía*) General, dispóngalo todo en ese sentido. Caballeros, al festín. Dadme vuestro brazo, Condesa.

Lan.—¿Y nuestro *duo* Coronel? ¿Quedará en proyecto?

Ibañez.—¡Imposible! Lo cantaríamos aunque fuera con orquestación de cañonazos.

[*Ibañez ofrece el brazo á Laura. Los demás caballeros hacen lo mismno con las otras damas y se van alejando paulatinamente.*]

Cond.—¡Qué gran corazón tenéis, Majestad!

Max.—Por él me siento digno de ceñir la corona de este pueblo de héroes.

(CAE EL TELÓN)

ACTO I.

(*Gabinete del Emperador en Querétaro.—De la pared del fondo pende el retrato de la Emperatriz Carlota.*)

ESCENA I

LAURA — IBÁNEZ

Laura.—Já! já! já! ¡Qué disparate!

Ibañez.—No obstante la protesta que envuelve su risa que, al partir de esos labios perfumados, semeja una cascada de perlas, que rebota en fuente de alabastro.........

Lau.—Valiente simil, hijo de Marte.

Ibañ.—Hélo sido de Minerva en este caso.

Lau.—Pues de Marte y de Minerva, admitido.

Ibañ.—Aunque no escaso, honor es que merezco.

Lau.—Pero formalisémonos, Coronel.

Ibañ.—Conviértome en un trapense: "*Hermana de morir tenemos.*"

Lau.—Aprovecho de tal metamórfosis para asegurarle: que, no obstante de reconocer las bellas cualidades que adornan al conde de Rio

Negro, no he admitido hasta hoy la posibilidad de consagrarle mi cariño.

Ibañ.—Debo creer entonces que su corazon guarda algún secreto que nos oculta con prolijo afán: me adhiero á la unísona voz popular.

Lau.—Grande error...... (*ap.*) disimulemos.

Ibañ.—Es posible.

Lau.—Pero, dejemos de mano asunto tan baladí para ocuparnos de lo que en realidad interesa. ¿Es cierto que, tras tan largo proceso, el desgraciado Gutiérrez ha sido condenado á muerte.

Ibañ.—Y me cupo la nada envidiable suerte de presidir el Consejo de Guerra que tal fallo pronunciara. Ha pedido indulto, pero esa gracia le será negada, estoy seguro.

Lau.—Deploro su triste fin. Desventurado; fuí objeto de su frenético amor.

Ibañ.—Asi lo afirmó para atenuar su delito. Deseaba surgir......

Lau.—Perdónelo Dios. Ahora veamos la manera de llenar nuestro cometido. Hé aquí mi plan. Busco á Rita, descubro cuanto necesitamos saber, y, en seguida, ocultándome bajo un vestido de mi hermano, penetro en palacio por la puerta vedada para mi sexo, y pongo en conocimiento de S. M. el plan de sus enemigos, que no puede ignorar el demagogo Almarza.

Ibañ.—Pero ese disfraz......

Lau.—No hay otro medio: sin él mi reputación estaría perdida.

Ibañ.—Acaso fuera mejor que me dé Ud. noticia de todo, y yo, en su nombre, lo ponga al corriente de lo que pasa......

Lau.—No, de ninguna manera: lo haré personalmente.

Ibañ,—Como le plazca, amiga mía...... (*ap.*) Esta niña está enamorada del Emperador, ¡y yo que no quería creerlo!

Lau.—¿En qué piensa, Coronel?

Ibañ.—En que es Ud. una mujer muy superior, y

en que S. M. no sabrá jamás cómo pagarle tanta adhesión.

Lau.—Es nuestro soberano, y con decir esto paréceme que es bastante: nada me debe.

Ibáñ.—Si se tiene en cuenta la debilidad de su sexo, en verdad admira que tome sobre sí misiones que debieran ser desempeñadas por hombres.

Lau.—Créalo, amigo mío, no hay hombre que encuentre en su alma todo el caudal de energías que posee una mujer cuando ama ó persigue un fin. Acompáñeme hasta la puerta de honor, Coronel.

Ibañ.—Tendré ese placer, amiga mía. (*Vánse*).

ESCENA II

MAXIMILIANO

[*Entra vestido de General en campaña y se detiene pensativo frente al retrato de su esposa.*]

Desventurada Emperatriz! ¡Pobre Carlota mía! Tus dolores desgarran este corazón que sólo alienta al dulce recuerdo tuyo. ¡Cuán venturoso sería, si me fuera dado volar á través de los mares, y arrancarte con mis brazos de la tumba á que te arrastra nuestro implacable destino. Pero ¡hay de mí! que nada puedo hacer. Los que ocultamos nuestros dolores bajo la púrpura real, somos mil veces más desventurados que el esclavo africano, que fertiliza la heredad del amo con el sudor de la frente. ¿Cuál de éstos, por malvado que se le suponga, había de negar á esos desheredados, de la fortuna el derecho de acudir á la salvación de los seres amados? Ninguno.—¡Y .sin embargo yo, encadenado por el deber, tengo de estar aquí cuando tal vez, en este mismo instante, agonizas, amor mio, en lejano suelo! [*Se enjuga los ojos con rapidez*]

Pero ¿qué es ésto?.........¡Lágrimas!......Sí, noto que el alma se humilla, y me siento indigno de mi estirpe, de mi nombre y del lugar que ocupo. Lejos de mi, debilidad; y tú, corazón, arrostra valientemente tu destino ó salta de mi pecho en mil pedazos. [*Se escucha un rumor, causado al parecer, por muchedumbre airada. El Emperador hace vibrar un timbre.*]

ESCENA III

MAXIMILIANO — OFICIAL

Max.—Caballero ¿qué tumulto es ese cuyo eco llega hasta mí?...¿Ocurre algo grave?

Oficial.—Mi tranquilidad, Sire, prueba que nada alarma á los servidores de V. M. De no ser así estaría, espada en mano, al frente de mis soldados.

Max.—Sí, bien sé que pertenece al número de los leales: su respuesta muy digna es de quien la dá. Pero, advierto que no ha satisfecho la primera parte de mi interrogatorio.

Oficial.—Perdonad, Señor, tal omisión. La atrevida actitud del populacho obedece á manejos de la demagogia, para impedir el cumplimiento del decreto soberano que ordena la ejecución del parricida ex-comandante Gutiérrez.

Max.—Ah!. ....Puede tornar á su puesto y que Dios le guarde. (*El oficial saluda militarmente y se retira sin volver la espalda al Emperador.*

ESCENA IV

MAXIMILIANO

¡Cuánto diera por evitar, gran Dios, estos es-

pectáculos que despedazan mi corazón! No nací para tirano. ¡Mi naturaleza se aniquila ante tanto horror!.........Odio el trono, y tengo de hacer que se vierta sangre para sostenerme en él. La diadema imperial gravita, dolorosamente, en mi cabeza, y estoy condenado á mantenerla en ella ó á que juntas rueden por el polvo. ¡Adverso el sino mío! [*Va hácia el balcón y se queda contemplando por un momento el sitio en que se supone la plaza.*] ¿Qué diría el mundo de mí si hubiese desertado abandonando á esos valientes?.........¿qué mi propia esposa? ¡Ni pensar quiero en ésto! Hice bien en quedarme. Pued sacrificar la vida de ella, la mía, nuestra ventura, un porvenir de gloria, pero el nombre de Hapsburg, jamás.

ESCENA V

Dicho: CORONEL LÓPEZ

Lóp.—¿Permite V. M:?
Max.—Adelante, Coronel.
Lóp.—Un ayudante del General Leonardo Márquez acaba de llegar conduciendo este pliego para V. M.
Max.—Léalo al punto. (*López lo abre*)
Lóp.—(*Leyendo*) Majestad: Porfirio Diaz me ha interceptado el paso á Querétaro, á donde me dirigía cumpliendo órdenes del Cuartel Imperial. Después de nueve horas de ruda batalla, he resuelto maniobrar en retirada sobre Capital. Diaz me estrecha con el ardor y la tenacidad que le distinguen. Sin embargo, V. M. no debe inquietarse por la suerte de mi brillante Ejército: he de llevarle, sin quebranto sério, al lugar de su destino, y aguardaré allí vuestras imperiales órdenes. A los pies de V. M. con amor y profundo respeto.—*Leonardo Márquez.*
Max.—¡Qué contratiempo tan fatal! Mi bravo

Márquez va á ser sitiado; me faltará su espada de fama esclarecida, en momentos en que se va á jugar la suerte del Imperio y mi vida. ¡Presentimiento cruel!..........¡El desastre! Qué dice de ésto, López?.........Hable Ud.

Lóp.—Se trata, Sire, de mi superior y..........

Max.—Hable, lo quiero.

Lóp.—Obedezco. La retirada sobre la Capital es muy prudente y asegura nuestro gran punto céntrico de acción. Pero ¡dejarse sorprender!.... Oh! Esto sólo se explica dadas la inercia y apatía características del General. Siempre he creído que necesitaba ser galvanizado por el estampido del cañón: entonces, si, que es admirable.

Max.—¿Y qué opina Ud. de Porfirio Diaz, á quien la fama ha dado proporciones de héroe de leyendas?

Lóp.—Le conozco, Sire. Grande en el consejo, infatigable organizador de la victoria, heróico sobre el campo de batalla, noble y humano siempre; eso es el General Diaz. Vuestro teniente, Majestad, tiene que habérselas con un gran soldado.

Max.—Dios inspire á Márquez. Ahora, busque Ud., en el acto, á Mejía, y que venga á mi presencia, con la premura posible.

Lóp.—Su Excelencia el Mayor General aguarda en el Gabinete contiguo las órdenes de V. M.

Max.—Le espero (*López se inclina y sale.*)

ESCENA VI

Dichos:—General Mejia

Max.—Venga, General: siéntese. ¿Tiene ya noticia del serio contraste que ha sufrido nuestro primer Cuerpo de Ejército?

Mej.—Con todos sus tristes detalles, aunque el

parte oficial no ha llegado todavía á mis manos. Márquez ha caído en una celada y nos priva de su preciosa cooperación.

Max.—Luego, en concepto de Ud. está perdido.

Mej. — Por lo menos para nuestras operaciones combinadas. Si no hacemos un movimiento envolvente sobre la retaguardia de Diaz, Márquez será lanzado tras los aproches de la Capital.

Max.—Pero, al saber la aproximación de Castillo, á quien enviamos en su auxilio............

Mej.—Esa columna fué destrozada por la caballería republicana de Amado Guadarrama. El gallardo General cayó en el campo de batalla y le sirve de sudario el pabellón del Imperio.

Max.—¡Gran Dios! ¿Há muerto?

Mej.—Como vivió: como un héroe.

Max.—¡Desgraciado amigo! Y del Conde de Rio Negro ¿qué se sabe?

Mej.—Más afortunado que del Castillo, logró copar la vanguardia de Escobedo.

Max.—¿Dónde se halla en este momento?

Mej.—En su habitación, herido en el brazo, al parecer de alguna gravedad.

Max.—Vamos á saludarle. Ha vertido su sangre por mí, nada más justo que, con mi presencia, le ofrezca algún lenitivo á sus dolores. Ah! Me olvidaba ordenarle, General, que se trate á los prisioneros que ha tomado el Conde con toda clase de miramientos.

Mej.—El Coronel Moreno y sus oficiales de nada han menester ya.

Max.—¡Cómo!.........¿Qué dice?........¡Entonces.......!

Mej.—Han sido fusilados.

Max.—¡Ira de Dios!......¿Y con qué orden?

Mej.—Con la mía, Sire.

Max. (*ap*) La rabiosa sed de sangre de este soldado fiero, como le llamaba Bazaine, va á hacer que en sangre nos ahoguemos......¿ Pero, al menos, trataría de saber por esos infelices los designios de sus jefes?

Mej.—De ello tengo cabal idea. Porfirio Diaz, al mando de veinte mil hombres, atacará la Capital, y Escobedo, con un efectivo más ó menos igual, opera ya sobre Querétaro.

Max.—Con tal seguridad ¿qué debemos hacer? En el mar, se lo ordenaría, en tierra, le escucho.

Mej.—Salgamos en el acto al encuentro del segundo. Si, lo que no es improbable, logramos batirlo, con el efecto moral y material de la victoria, duplicaremos nuestras fuerzas, destrozaremos á Diaz, salvaremos á Márquez y, con él, al Imperio.

Max.—Le invito á ordenar lo conveniente en tal sentido, y á participárselo al Ministro de la Guerra.

Mej.—Todo está previsto. El ejército aguarda, arma al brazo, la orden de marcha, y el Señor Ministro olvida la dolencia que le aqueja y se dispone â arrojar su valiente espada en la balanza del éxito.

Mej.—¡Noble Miramón! ¡Siempre heróico! Sensible que no podamos contar hoy con la pericia del Conde de Rio-Negro.

Mej.—Este pundonoroso jefe me pidió el mando de la Vanguardia, que ya se había otorgado al coronel Ibañez; pero estará con nosotros, á mi lado.

Max.—¿Crée Ud. que pueda resistir las fatigas del combate?

Mej.—No lo sé. Pero, en todo caso, como vamos á jugar la cabeza en esta jornada, paréceme natural se le permita defender la suya hasta donde le sea posible. Si triunfamos, pues bien, le curaremos; en caso contrario, ¿qué le vamos á remediar?

Ma.—Quiero darme cuenta de su estado: vamos.

Mej.—Sigo á V. M.

Lóp.—(*Desde la puerta.*) El oficial de la avanzada del Este conduce á un jefe enemigo parlamentario.

Max.—¿Su nombre?

Lóp.—Él General del Pinar.

Mej.—(*Con ironía*) ¡General!

Max.—¿Qué le parece, Mejía; el padre todo mío, y el hijo......¡Oh guerras civiles!

Mej.—¿Qué me parece? Que el padre es un personaje ilustre, y el segundo un traidor á quien se debe fusilar en el acto.

Max.—Coronel López, que ese caballero me espere. Venga, General [*Maximiliano y Mejia salen por la derecha. López introduce á del Pinar.*

ESCENA VII

LÓPEZ—GENERAL DEL PINAR

Lóp.—Pasad, caballero.

Pin.—¿Vuestro soberano me concede el honor de ofrecerle mis respetos?

Lóp.—S. M. me ha indicado que le aguardéis.

Pin.—Grande la simpatía que por él siento.

Lóp.—De raro modo la exteriorisáis.

Pin.—Distingamos, Combato y combatiré, mientras respire, al monarca que los franceses han tratado de imponernos á balazos; pero admiro y reverencio al noble príncipe Maximiliano de Austria.

Lóp.—Pero, el Ejército napoleónico ha salido ya de México.

Pin.—Mas, queda su obra que es preciso demoler.

Lóp.—Inutil, y hasta desagradable, prolongar conversación de esta índole. Con vuestro permiso [*Se retira*]

ESCENA VIII

Del Pinar (*Saca un papel del bolsillo*)

Leeré otra vez este papel que acabo de recibir y que, cual placa de Juego, me quema el pecho. [*Lee*] "Un amigo le participa que Laura del

Pinar, olvidando su ilustre alcurnia y las venerables canas de su progenitor, desempeña en palacio el papel vil de las Lavalliere, du Barry, Mottespant y de otras desgraciadas cuyos nombres guarda la historia en sus páginas más negras.—El padre ausente: tócale al hermano poner coto al escándalo (*Estruja la carta*) .... Oh ¡Esto no es posible! Laura es un ángel y, como tal, incapaz de una infamia ¡No, imposible! Además, algo me dijera el corazón, y en él sólo encuentro simpatías para ese príncipe á quien se supone ladrón de mi honra. ¡Oh! Si fuera cierto, por desgracia......! (*Se oye pasos*) Parece que alguien llega..........talvez el Emperador.......................

ESCENA IX

Dicho: LAURA—(*envuelta en larga capa militar*)

Lau.—(*Sorprendida*) ¡Luis!.......¡Mi hermano! ¡Dios santo!

Pin.—¡Señor!.........Pero, ¿qué significa esa actitud vacilante?.......¿Ese traje que me pertenece?...... ¡Sospecha horrenda! (*Laura trata de evadirse*) No, no os lo he de permitir hasta saber quien sois.. (*ap*) Tal vez el papel maldito (*Le arranca el embozo*) Ah! ¡Miserable!

Lau.—(*Con calma glacial*) Miserable, has dicho ¿y porqué? ¿He hecho armas, acaso, contra mi soberano? ¿he deshonrado, por ventura, las venerandas canas de mi padre uniéndome á bandoleros á quienes aguarda, si nó el cadalso, la carlanca infamante? Nada de eso ha hecho, montonero sin honor, para merecer ese epíteto, tan brutalmente lanzado á mi cara despues de haber puesto en ella tu *valiente* mano.

Pin.—¡Y levantas ante mí los ojos manceba impúdica del Archiduque! La espada del soldado no debe penetrar en pecho vil por eso se salva el tuyo. Pero, sal, sal de aqui al punto, si no osas presenciar la muerte de tu infame seductor.

Lau.—No saldré, para escudar con mi cuerpo el del augusto principe, de cuyos labios sólo he oido frases de paternal cariño.

Pin.—(*ap*) ¡Y yo que venía á salvarle!......(*á Laura*) Pues bien, morirá en tu presencia.

Lau.—Yo antes que él, si no mueres tú el primero.

Pin.—Mujer fatal, tu adoras á ese hombre y el te deshonra.

Lau.—¡ Mientes ! Soy más pura que un rayo de luz.

Pin.—Pero, tú le amas, no puedes negarlo........

Lau.—Si, con todo mi alma. Y mi pasión es avasalladora, inextinguible, capaz, con su infinito ardor, de abrasar al universo entero. Pero, el ser que lo inspira, nada sabe de esto, nada sabrá jamás. Le amo, sí, le adoro; mas en mi afecto no existe ni un átomo de impureza. Verle, oirle, ejecutar, ciega, sus órdenes, tal mi suprema felicidad, tal, si, lo único que, por desgracia, me es dado esperar. He abierto ante ti mi alma, impelida por el deseo de impedir un doble crimen: el tuyo, al asesinar á un inocente, y el mio, al destrosarte entre mis manos. ¡Oh! Si; al ver bañado en su noble sangre, y por mi causa, al ídolo de mi corazón, en el paroxismo del dolor, sentiría centuplicadas mis fuerzas y sustituirse los instintos rabiosos de la fiera al criterio del ser consciente.

Pin.—¡Calla: me horrorizas! (*Max aparece en la puerta*)

Lau.—Y tú á mi: ¡eres un asesino!

Pin.—No te conozco.

Lau.—Tampoco me conozco yo.

Pin.—Júrame ser verdad lo que me has dicho.

Lau.—Jurártelo ¿y para qué? ¿No hablan más alto que todos los juramentos esos gritos de de-

sesperada protesta, que se arrancan de mi alma, y que estás escuchando ¡nécio! sin comprender?

Pin.—(*ap*) ¡Sólo la inocencia puede hablar así! Laura, quiero creer lo que me has dicho, por que, al hacerlo, conservo la dulce seguridad de que mi apellido no está deshonrado. Pero dime, por piedad, ¿que significa tu presencia en este sitio y con tal disfráz?

Lau.—Es un secreto: no te empeñes en descubrirlo.............

Pin.—Lo sabré..........

Lau.—Imposible; pertenece al Emperador.

ESCENA X

Dichos: MAXIMILIANO

Max.—Que viene á oirlo de esos labios, gentil Laura, aunque ya le es notorio en todos sus detalles.

Lau.—Luego sabéis.......

Max.—El desastre de Márquez y la muerte del General del Castillo, si. Supongo que tampoco lo ignore, señor del Pinar.

Pin.—Esos sucesos me traen á vuestra presencia, Sire.

Lau.—Mi hermano, Majestad (*presentándolo*).

Max.—(*tendiéndole la mano*) Jóven, sé que es mi enemigo; serlo de Ud. no puedo; entre nosotros existe un vínculo sagrado: Laura.

Lau.—Oh ¡Majestad! ¡Cuan bueno sois!

Max.—¡A cuantos inquietudes os exponéis por mi! ¿Por qué haber tomado en la lotería de la vida, el número fatal que contenia mi nombre?

Lau.—Cifro en haberlo hecho, mi mayor ventura.

Max.—Pobre niña, mis desgracias han despertado en ese corazón de ángel una lealtad sin límites que os ha obligado á sufrir mil quebrantos,

hasta el punto de ser vilipendiado en la pureza del afecto hacia mi.

Lau.—¿Habéis oido entonces..........

Max.—Algo.

Lau.—Dios mío, ¿porque tan débil fuí que no supe guardar para siempre, en el fondo lóbrego de mi alma, el secreto fatal. Debi arrostrarlo todo y callar.

Max.—¡Todo! ¿Hasta mi vida?

Lau.—¡Vuestra vida! Oh, no, Sire. ¡Eso jamás! Entonces hice bien en hablar, aunque en este momento, el rubor queme mis mejillas ¡Por salvar vuestro vida lo dijera al mundo entero, y ante el mundo entero me humillara! ¡Humillarme!......¡Ah! nó Mi torpe lengua no sabe traducir fielmente lo que alienta en mi corazón. La mujer no se humilla, se sublima, cuando hace de un héroe el objeto de su culto y vos, Sire, sois más grande que todos los héroes, más que Gúzman en el sacrificio del ser adorado ; más que Bayardo en bravura y gentileza.........más que todos, más que todos, Majestad.

Max.—Gracias, ¡oh! gracias, hija mia. Si, desde hoy te adopto como tal. Laura, que los brazos de tu padre te restituyan la quietud perdida (*Laura se precipita en ellos, llorando.*)

Pin—Mil veces venturosos los hombres que, con su grandeza, logran inspirar tan sublimes afectos. Mi pobre hermana no ha podido sustraerse á la influencia avasalladora que ejercéis sobre cuantos os rodéan.

Max.—¡Aunque me dieras, Dios mío, felicidad infinita para repartirla entre los seres que me rodéan, jamás lograra pagar cuanto les debo en gratitud! Ahora, hija querida, sustituye ese disfraz por un traje de mi esposa y vuelve á mi lado [*Laura se inclina y sale.*]

ESCENA XI

Dichos: menos LAURA

Max.—Caballero, cúan injusto fué con su hermana.

Pin.—Las apariencias......su traje......esta carta.....

Max.—¿Que hay en ese papel?

Pin.—Dignáos, señor. (*Le da la carta.*)

Max.—Esa letra......ah!......lo comprendo (*saca otra carta del bolsillo y compara las letras.*) Mire Ud.

Pin.—De la misma mano.

Max.—La de un miserable. Presintió, sin duda, que la Providencia me salvaría de caer á los golpes homicidas que se dispuso á asestarme, y preparó otra mano—la de Ud.—para que consumara el crímen.

Pin.—Tal debió ser su propósito. Pero os lo juro, Señor, que en adelante, y aunque desde las filas contrarias, mi corazón os dedicará sus latidos de mayor ternura.

Max.—Gracias, amigo mío. Ahora cumpla la misión que le ha traído á mi presencia: le escucho.

Pin.—S. E. el General Porfirio Díaz, tan pronto como le fué notorio el desastre de vuestros tenientes, me dijo: "Id donde el augusto príncipe y decidle en nombre mío, que su causa está perdida y que, por tanto, se apresure á tratar con Juárez, para obtener todas las garantías para los suyos, y, para si, la libertad de volver á Europa, á reasumir el alto rol que le corresponde; que con esto comprometerá, además, la gratitud del pueblo mexicano, que si no admite la forma monárquica en su modo de ser político, admira las preclaras virtudes de quien, á fuer de soldado heróico, soporta una corona que jamás ambicionara porque, de antemano, llevaba en su frente dos

que valen infinitamente más: las de la Ciencia y el valor.

Max.—Comprometen mi gratitud las palabras de su General.

Pin.—Decidle, agregó: que espero respuesta satisfactoria para dejar tranquilo á Márquez. Su Cuerpo de Ejército en armas será una garantía más para el logro de nuestros deseos. Esto dijo el General, profundamente conmovido; yo lo repetiré, Señor, si es necesario, arrojándome á vuestras plantas. Resolvéos; las órdenes son terminantes y, por desgracia, muy severas.

Max.—Me hago cargo de la situación, y ojalá estuviese en mí resolverla en el sentido de los deseos de vuestro Jefe; pero es imposible. Además, aunque muy graves mis circunstancias, no lo son hasta el punto de desesperar, no. Conservo todavía grandes elementos de acción y con ellos cúmpleme hacer frente á la adversidad. Si acaso la fortuna me negara sus favores en el incierto y vario estadío de las armas; pues bien, os dejaré la misiónde presentar las armas ante un soldado mexicáno muerto en el campo de batalla. Y si tampoco llego á conseguir fin tan glorioso, y debiera sufrir otro género de martirio-oígalo bien, caballero, lo digo con noble orgullo-Carlos I y Luis XVI, Murat é Iturbide, no serán en el Gólgota más grandes que yo.

Pin.—Me deslumbra Señor, la entereza de vuestra alma.

Ma.—Gracias, amigo mío. Ahora puede ya retirarse llevando á su caudillo las seguridades de mi simpatía.

Pin.—Me separo, Señor, con el corazón desgarrado.

Max.—Adios! Voy á enviarle su hermana: procure levantar su atribulado espíritu.

Pin.—Señor, Señor, bien dice Laura: sois el más grande y noble de los hombres, Adios!

Max.—Que el cielo os guarde (*váse*].

ESCENA XII

Del Pinar—Laura

Pin.—Ven á mis brazos, hermana mía, y desahoga entre ellos la congoja que te devora.

Laura.— ¡Luis! [*apoya por un momento la frente en el pecho de su interlocutor.*]

Pin.—Perdona el pesar que te causé en momento de extravío fatal.

Laura.—Hijo de tu cariño é interés por mi, bien lo sé...... ¿Y qué te dijo Su Majestad al partir?

Pin.–Algo que si lo hubiese escuchado el mundo, al punto cayera de hinojos á los pies de ese hombre excepcional.

Laura.—Si, Luis, en mi fanatismo, creo ver en Maximiliano de Austria, algo más que un hombre.......

Pin.—Comprendo tu entusiasmo porque también lo siento ¿Te hizo algún encargo al despedirse?

Laura.—Ninguno. Me estrechó la mano y, poniendo en alto la suya con esa majestad que tanto le distingue, me envió á ti.

Pin.—Bien, hermana mía: yo debo partir en el acto; pero, antes de hacerlo, te daré un consejo. Escríbele á nuestro padre pidiéndole sus órdenes. Yo voy á las filas, al campo de la lucha, el Emperador saldrá también á la cabeza de su Ejército, ¿quién velará por tí?

Laura.—Todo eso lo he previsto ya. La Cruz Roja me reserva un puesto. ¿Qué misión más bella para la mujer que consolar al que sufre, restaurar la sangre de una herida, atender con prólija solicitud á los que caen dando el postrer adios á la patria y á la bandera? Y si S. M.—Dios le guarde—fuese uno de ellos, acaso le acojan mis brazos y le salven.

Pin.—Que el cielo bendiga tu abnegación y las alas

de sus ángeles te escuden en el peligro. ¡Adios hermana mía! (*Después de dar un abrazo á su hermana, se aleja del Pinar.*)

ESCENA XIII

LAURA—MAXIMILIANO

[*Laura parece absorta en su dolor—Maximiliano llega á la puerta, se detiene y, cruzando los brazos, la contempla con ternura.*]

Laura.—Sola, completamente sola, Dios mío!

Max.—No, con tu padre (*Laura se pone de pie con rapidez.*)

Laura.—Ah! Majestad.

Max.—(*Tomando asiento en el sofá*) Siéntate, hija mía, aquí.

Laura.—Debo escuchar de pie vuestra imperial palabra.

Max.—Siéntate, lo deseo, y si esto no basta, te lo ordeno.

Laura.—Obedezco (*Maximiliano le toma la mano, Laura se extremece.*)

Max.—Estoy quejoso de tí: has contrariado mi propósito.

Laura.—Yó......¿De qué modo, Sire?

Max.—Con la inconsulta resolución de exponerte á los peligros de los combates.

Laura.—Resolución irrevocable......

Max.—No, no puede ser, me opongo á ello. Partirás hoy mismo para Vera-Cruz con la Condesa del Olmo, que te conducirá al lado de tu padre.

Laura.—Pero, Majestad, si mi sexo me impide ser vuestro soldado ¿por qué oponeros á que forme en la legión bendita que lleva consuelo y salud á los que sufren.

Max.—No el soberano, tu amantísimo padre es quien te pide apartarte de esa senda de dolores.

Laura.—Padre mío, ¿no es á la cabecera del lecho funeral, donde tiene su puesto preferente la mujer? ¿O no me suponéis digna de la misión de esos seres privilegiados que derraman, al mismo tiempo que el bálsamo que dá vida, el que dá consuelo al infeliz? Ah! Majestad ¿si debieráis caer en el combate os disgustaría verme á vuestro lado, prodigándoos todos los consuelos de mi filial amor?

Max.—Soñara que un angel del cielo había venido á mi lado para hacerme dulce la agonía.

Laura.—¿Por qué desear entonces, que los valientes que van á morir por V. M. no lo hagan bajo la influencia de tan dulce visión?

Max.—(*vacilante*) Laura, hija mía, desiste, desiste por piedad.

Laura.—¡Jamás! Dios es testigo de cuanto sufro al contrariaros.

Max.—[*después de un instante de lucha íntima*] Pues bien, mujer sublime, llena tu augusta misión en la tierra, dejando por doquiera el perfume santo de tus virtudes: te lo permito.

Laura.—Gracias, mi amado señor. Dadme vuestra mano á besar en señal de despedida hasta el campo de batalla.

Max.—No, permíteme la tuya; que si antes solía besarla porque empuñaba el cetro de la belleza, hoy quiero hacerlo porque va á tremolar el lábaro santo de la caridad (*besa la mano de Laura, mientras ésta levanta los ojos al cielo.*)

Laura.—¡Cuanta gentileza, Sire!

Max.—Me he despedido de la heroina, ahora á los brazos de tu padre, hija mía. [*se abrazan estrechamente*]

ESCENA XIV

Dichos: IBÁÑEZ

Ibañ.—*¡Tableau!* ¡Bien se barruntaba esta intimidad! ¡Valiente papel el mío!...... ¡Solo falta

que!...... Vamos ¡y que no pueda escapar! No hay remedio...... ánimo...... ¡Señor! (*llamando*)

Max.—Tú......

Ibañ.—Perdonad...... pero no encontré al coronel López...... y......

Max.—Bien ¿qué te tráe?

Ibañ.—Me han enviado á participar á V. M. que el Ejército, entusiasta, aguarda entre aclamaciones mil, la orden de marchar al fuego.

Max.—Vamos allá. Pero, antes, quiero confiarte esta hija de mi alma.

Ibañ.—(*aparte*) ¡Hija!...... ¡Acabáramos!

Max.—Ella será ángel de consuelo para los bravos de la Vanguardia.

Ibañ.— Acepto con gratitud tan preciado depósito. Y pues, señorita, va á ser nuestro ángel bueno, acepte, desde luego, este cariñoso nombre de guerra: Sor Angela (*aparte*) ¡Pobre Raúl!

Laura.—Gracias, mi bueno y noble coronel.

Max.—Marchad, que ya se acerca mi comitiva. ¡Adios!

Laura.—Adios, no: hasta luego, Majestad (*se aleja con Ibáñez*)

ESCENA XV

MAXIMILIANO—GENERALES—AYUDANTES

Miramón.—A las ordenes de Vuestra Majestad Imperial.

Max.—Vamos camaradas; vamos á blandir nuestros aceros, y á triunfar ó caer por nuestro amado México; y tened la fe más profunda en que, al ocuparse la historia de la jornada que vamos á iniciar—ya sea que yo vuelva á ocupar mi trono ó que baje á la huesa humilde del soldado,—ha dejar constancia, para eterna memoria, de que el emperador Maximiliano se mostró digno caudillo de sus admirables lejiones. Seguidme.

CAE EL TELÓN.

ACTO II

Alquería en las inmediaciones de Querétaro—Noche de tempestad.

ESCENA I

MEJÍA—MIRAMÓN—RAÚL—IBÁÑEZ.

Ibáñez—(*á Mejía*) Procurad tomar algún descanso, mi General. Catorce horas sobre el caballo, á vuestra edad, es algo más de lo que puede exigirse á la resistencia humana.

Mej.—Después del horrible desastre de hoy, lo que deseo es morir.

Mir.—Razón os sobra, compañero. ¡Quá día tan nefasto!

Mej.—¡Cuánto heroismo infructuoso! El Emperador se ha mostrado admirable. Los soldados, enardecidos con su ejemplo, se han batido como leónes.

Mir.—Le ví caer con su segundo caballo; ofrecile el mío, no lo aceptó. Casi no hablaba, rujía. Miramón, me dijo:—"Debemos morir hoy, si hemos de evitar la befa de la chusma desapoderada." En seguida desgarró con las espuelas los flancos del soberbio bruto que acababa de

presentarle un palafrenero, y se lanzó, desalado, en lo más recio de la refriega.

Mej.—¿Y en qué lugar se halla ahora?

Ibáñ.—Departe con López en aquella habitación.

Raúl.—¿Habéis tenido, Señores, oportunidad de apreciar la heróica conducta de Sor Angela?

Ibáñ.—Oh! Sí; y te juro, que, apesar de mi proverbial buen humor, más de una vez, sentí humedecérseme los ojos con lágrimas de ternura, al verla desafiar, impávida, la muerte, en el ejercicio de su misión de amor al desgraciado.

Raúl.—[*ap.*] ¡Laura, Laura de mi vida!

Ibáñ.—¿No has recibido aún su visita?

Raúl.—No......Mi herida insignificante......Natural que dedique atención preferente á los camaradas de la ambulancia.

ESCENA II

Dichos: Oficial.

Ofic.—¿S. E. el Mayor General?

Mej.—Héme aquí.

Ofic.—A la avanzada del "Cerro de las Campanas" ha llegado un parlamento, y mi Capitán espera instrucciones de V. E.

Mej.—Dígale que voy al punto.

ESCENA III

Dichos: *menos* Oficial.

Mej.—Acompáñeme, señor Ministro, por si se imponga alguna medida en vista de las exigencias del enemigo, que presumo no sean pequeñas.

Mir.—Estoy dispuesto.

Mej.—También vendrá, Coronel.

Ibáñ.—Con gran placer, mi General. (*ap.*) Este abuelo me ha partido por el eje......¡En marcha, nuevamente, cuando apenas si tengo hueso sano!

Mej.—Vos, Conde, permaneced en vuestro alojamiento: voy á enviaros un cirujano.

Raúl.—No hé menester de él. Sor Angela se ha hecho cargo de mi curación y con esto me basta. Gracias.

Ibáñ.—Y bastárale á cualquiera, mi querido Raúl. Ser curado por las manos de una bella es algo que debe satisfacer ámpliamente al menos contentadizo. Holgárame, camarada, de haber recibido algún pinchazo, ó una contunsión siquiera, para sentir el tibio contacto de esos dedos de rosa, que deben hacer el efecto de una pila de Volta. Pero ¡quiá! Soy el hombre más fatal de nuetro planeta; ni á las balas les está encomendado el proporcionarme lo que hubiera de serme grato.

Mir.—(*ap. á Mej.*) ¡Qué caracter tan envidiable de joven! ¡Gasta bromas colocado como está sobre el cráter de un volcán!

Mej.—Una pregunta, Coronel.

Ibáñ.—Mil si queréis, Excmo. señor.

Mej.—Dígame con ingenuidad, ¿habrá algún medio de panerla en firme la cabeza?

Ibáñ.—Hay uno sólo.

Mej.—¿Cuál?

Ibáñ.—Quitarla de mis hombros. Y á fé que por hacerlo estuvo hoy mismo uno de aquellos jigantes de la Escolta de don Mariano Escobedo. Por fortuna, Goliat erró el golpe, y David, de un sablazo hizo dos medios jigantes de lo que había formado un sólo todo.

Mej.—Envidio vuestro festivo caracter.

Ibáñ.—En puridad de verdad no estoy muy descontento de él. Siento sólo que, no me sea dado el obsequiároslo, porque entiendo que el

vuestro, á las veces, os ha de causar desasones.

Mir.—Pero, Coronel, ese buen humor no me explico, cuando, mañana, le pueden enviar á los infiernos.

Ibáñ.—Es que si eso sucede mañana, mañana será otro día, como dice nuestro buen Pepe Zorrilla, en su fantástico Tenorio.

Mej.—Dejemos eso, y en marcha. A caballo.

Ibáñ—Tal órden no resa conmigo, mi General.

Mej.—Vamos hombre y ¿por qué?

Ibáñ.—Muy sencillo, porque yo cabalgo en mulo. Esos desarrapados de Escobedo dejaron tendidos en el campo los dos únicos bridones que tenía. Por tal razón hube de trabar relación íntima con la pacífica cabalgadura de mi capellán divisionario, el que también quedó por allí para festín de las aves carnicéras y abono del suelo.

Mej.—Pues bien ¡á mulo!

Ibáñ.—Os entiendo, Excelencia, y obedezco.

Mir.—En marcha.

Mej.—Adios! Señor Conde!

Raúl.—Adios, mi General. Feliz Viaje.

Ibáñ.—Dificilillo lo veo, porque las sendas que tenemos de recorrer, azotados por esta lluvia torrencial, deben estar muy apropósito para que el mísero transeunte vuele disparado hasta el abismo.

Mej.—Dios dirá.

Ibáñ.—Te envidio porque te quedas, y, sobre todo, por aquello de los dedos de rosa ¿me entiendes? Abur y buena suerte, querido Raúl.

Raúl.—Anda, anda, mala cabeza pero excelente corazón. (*Vánse*)

ESCENA IV

RAÚL

¡La voy á ver! Volveré á encontrarme bajo el influjo de sus miradas fascinadoras, de su voz que me extasía; á sentirme inebriado con su presencia de reina altiva y conquistadora!

ESCENA V

RAÚL—LAURA.

[*Laura con traje adecuado y un listón blanco con cruz roja al brazo*]

Lau.—¿Se puede?
Raúl.—¡Ella!......Cielos dadme valor!......¡Adelante!
Lau.—Perdóneme que no haya venido antes; han caído tantos desgraciados en esta bárbara lucha!
Raúl.--Laura, Laura, ¿por qué se ha impuesto tanto sacrificio? ¡Cuánta abnegación! Pero piense, ángel divino, que sus ojos no fueron hechos para contemplar los horrores de la guerra, ni su delicadas plantas para que las torturen los guijarros y zarzales de estas breñas.
Lau.—No se preocupe por mí, señor Conde, y piense en su estado, que interesa más.
Raúl.—Más que Ud. nada hay que me interesa en el mundo. Aquí no está su puesto. ¿No estaría mejor allá, en un hogar bendito, en que fuese reina y yo su humilde esclavo?
Lau.—Fíjese, le suplico, en la insignia que llevo.
Raúl.—Laura, yo la.........
Lau.—Basta! Si no evita á mis oídos palabras

que les causen daño, tendré el pesar de privarle de mi asistencia.

Raúl.—No, Laura, Ud. no me abandonará. Si algún interés le inspirá mi desgraciada existencia no me privé.........

Lau.—De Ud. depende mi resolución.

Raúl. —La mía está tomada, se lo juro; si me niega su presencia, único consuelo entre tantos dolores, me sepulto esta espada en el pecho.

Lau.—Noto que no sólo debo atender á esa herida, sino además, pedir al Cielo piedad para un pobre loco.

Raúl.—Loco, sí, Laura; pero Ud. la causa, no debe abandonarme al borde del abismo que me atráe con fuerza imponderable. ¡Compadézcame, Laura, compadézcase de mí!

Lau.—Si mi fraternal cariño no le basta.........

Raúl.—¿Nada debo esperar?

Lau.—De Dios que le conceda olvidarse de mí.

Raúl.—Jamás lo pediré.

Lau.—Lo haré yo.

Raúl.—¡Mujer sublime!

Lau.—El tiempo, Ud. lo sabe, no me pertenece, y debo estar, luego, junto á los heridos que reclaman mi presencia. Permítame que le cure.

Raúl.—¡Curarme y me asesina!

Lau.—¿Quién puede oponerse al destino? Tenga calma, y deje que le conceda el único bien que me es posible (*Raúl le presenta el brazo, Laura quita las vendas*) Esto no está bien......La herida muy irritada......Síntomas de erisipela......fiebre alta......Le pido ,amigo mío, que siquiera sea por complacerme, tenga Ud. juicio.

Raúl.—Por complacerla ¿de qué no sería yo capaz?

Lau. —Gracias. Mañana le encontraré mejor...... más tranquilo y respetuoso. ¿Verdad?

Raúl.—Laura.........

Lau.—Vamos, he concluido......Reposo, mucho re-

poso......Dígame ¿sabe Ud. si el Emperador se halla bien de salud?

Raúl.—Debo de suponerlo. De nada se queja.

Lau.—¿Quejarse? ¿Lo ha hecho alguna vez?

Raúl.—Verdad que no. Su naturaleza no se doblega al sufrimiento.

Lau.—La noche, señor Conde, se pone muy desapasible. El aire helado que se siente le hace daño incalculable. Le ruego se retire á su habitación y guarde cama.

Raúl.—Sí que haré, basta que Ud. lo pida (*trata de levantarse pero vuelve á caer postrado*) No me suponía tan grave; las fuerzas me han abandonado por completo ¡Ay de mí!

Lau.—Yo le ayudaré; apóyese en mi hombro (*ap*) ¡Dios mío!......En su semblante demacrado se refleja la muerte......

Raúl.—Cielo, dispón de mi vida ó prolonga hasta lo infinito este momento de felicidad (*vánse.*)

ESCENA VI

MXIMILIANO— LÓPEZ

Max.—Si, buen López, sea Ud. mi parlamentario cerca de Escobedo, y obtenga amplia garantía para los míos; para mí le prohibo pedir lo menor.

Lóp.—Lo haré así, Majestad (*Maximiliano le abraza conmovido.*)

Max.—¡Pobre amigo mío, no ha vacilado Ud. ante las consecuencias de tal encargo!

Lóp.—Sire, cuando vuestra sabiduría estima como conveniente tal paso......

Max.—Leo en el porvenir. Será Ud. más infortunado que yo. La muerte me arrebatará en tiempo al despiadado encono del vencedor, más en la honra de Ud. se cebará la asquerosa calumnia.

Lóp.—Lo sé, Majestad; pero sólo modificaría mi resolución si quisierais intentar un ataque, desesperado, que nos diera la muerte ó la victoria.

Max.—No, amigo mío, no quiero más sacrificios de mis valientes, ni más horrores sobre mi alma destrozada. Corra Ud. á cumplir la comisión que le confio......Pero, antes, júreme, que, si yo muero, nadie, absolutamente nadie, sabrá este secreto, por lo menos, durante la vida de mi esposa.

Lóp.—Lo juro.

Max.—Lo cumplirá, bien lo sé. Ahora, adios, mi querido López.

López.—Que el cielo os guarde, Majestad (*toma la diestra de Maximiliano, la besa y parte.*)

ESCENA VII

MAXIMILIANO

¡Día de maldición, en que han muerto todas mis esperanzas! ¡En vano luché frenético con mi adverso destino! Ni aun me fué dado arrojar mi cadáver á las plantas del vencedor!......¡No pude tener siquiera ese consuelo postrero......! Todo, todo perdido!....Pobres soldados! Cuanto hicistéis por mí!......¡Aciaga suerte!......Agotado el esfuerzo humano el desaliento vendrá......y con razón: cómo exigirles más?......¿Qué podría alcanzar el insensato heroísmo de unos pocos? Nuevos y dolorosos sacrificios, nada más!...... Me han dado tanto ya......Porvenir......nombre......la vida......cuanto hay de más caro; y yo, en recompensa, todas las desventuras. Oh! No! No más sacrificios de ellos: que sólo se realice el mío! Destino implacable, me arrojo en tus brazos!

ESCENA VIII

MAXIMILIANO—LAURA

Lau.—(*ap.*) Muerte y vida, al mismo tiempo, recibo á su lado. (*á Maximiliano*) Sufre mucho V. M.

Max.—No te diré lo contrario, hija mía. (*la abraza*)

Lau.—Vuestras desgracias desgarran mi alma. Si con mi vida pudiera poner coto á ellas, gustosa la daría.

Max.—Pague el cielo con sus altos dones tan sublime abnegación. Laura, te vi en el combate con la dulce calma del mártir, aliviando el humano padecer, y, á mi lado, fuistes sin duda, el ángel que me cubrió con sus alas.

Lau.—Me abrumais, Sire, con el peso imponderable de vuestra bondad.

Raúl.—(*de adentro*) Dejadme, dejadme por piedad. No me reconocéis? Soy vuestro General. (*Laura se acerca á la puerta derecha.*)

Max.—¿Qué significa esa voz doliente?

Lau.—Devorado por la fiebre, el Conde de Río-Negro, ha perdido la razón, y desea á todo trance, dejar el lecho.

Max.—¿Está grave?

Lau.—Muy grave, Sire.

Raúl.—¡Laura, Laura de mi vida!......

Max.—En su delirio pronuncia tu nombre.

Lau.—Por desgracia, sentía por mí ardiente amor, que yo no había autorizado.

Max.—El Conde es muy digno de ser objeto de noble afecto.

Lau.—Opino lo mismo que V. M.

Max.—Por qué no haberle amado si tal sientes?

Lau.—Al corazón no se le manda, y bien sabe V. M. que otro ser ocupa entero el mío.

Max.—Qué dices Laura?......Entonces lo que creí escuchar en la entrevista con tu hermano......

Lau.—Si...... (*oculta el rostro entre las manos.*)
Max.—Con tu hermano......¡Cielos! Era......
Lau.—(*con resolución*) La expresión de la verdad.
Max.—¡Laura!
Lau.—A qué ocultar lo que, por mi mal, sorprendistéis? Es amor sin esperanza, y cuya naturaleza ni aun me es dado apreciar, pero que constituye todo el encanto de mi vida, mi delicia y martirio......
Max.—Calla, calla, soy hombre......y la soledad!...... tu belleza ..mis infortunios!... tal vez el presentimiento de un fin próximo y terrible!......pudieran extraviar mi razón y perdernos!......Si perdernos ¿lo oyes Laura?, Laura divina! (*ap.*) Oh tentación irresistible......¡El vértigo!......
Lau.—Soy vuestra esclava......y os amo más que á todo en el mundo.
Raúl.—¡Laura, ídolo mío!.....
Max.—¡Ah! Esa voz......
Raúl.—¡Soldados! A morir por nuestro amado Emperador! ¡Viva Maximiliano I!
Lau.—Delirio horrendo!
Max.—Basta! oh basta!......No puede ser......soy tu padre! (*toma la cabeza de Laura y estampa en ella un beso.*)
Lau.—¡Mil gracias, padre mío!
Raúl.—Venid......yo muero......¡ay de mi!......
Max.—¡Escucha, es la voz extinta de un moribundo. Vuela, por piedad á su lado.
Lau.—Lo haré, Sire.
Max.—Ese doliente acento que ha venido á herir nuestros oídos, es el grito de la eternidad que recuerda sagrados deberes.
Lau.—Si lo cree V. M. también debo creerlo yo. (*ap.*) ¿No es un hombre? ¿Será, acaso, un semi-dios? (*se inclina respetuosamente y se aleja.*)

ESCENA IX

MAXIMILIANO

(*Puasa por un momento*)

Maximiliano de Hasburg-Lorena, por primera vez en tu vida has estado á punto de olvidar lo que prescribe la inflexible religión del honor; pero has vencido, en desesperada lucha, todas las rebeldías de una naturaleza joven, vigorosa y apasionada. Puedes creerte grande, porque tal derecho corresponde al que sabe vencerse así mismo, que es la más hermosa, al par que la más difícil, de las victorias! Ahora sí, puedo llevar, sin remordimiento, el consuelo á ese amigo infortunado. Voy á él. (*Laura le detiene.*)

ESCENA X

MAXIMILIANO—LAURA

Lau.—Es inútil, Majestad, nuestro amigo acaba de espirar.

Max.—¡Muerto! ¡Dios de mis padres! habed piedad de él......¡Que golpe tan rudo á mi corazón! Laura, no abandones, telo imploro, esos despojos queridos del hombre que tanto nos amó. (*Laura se retira, Maximiliano, se pasea meditabundo l fondo de la escena.*)

ESCENA XI

MAXIMILIANO—MIRAMÓN—MEJÍA—IBÁÑEZ

Ibañ.—¡Válgame Cristo! Me veo aquí y aún dudo que haya podido llegar ileso. Sólo el diablo, y eso de propósito, pudo hacer esos malhada-

dos andurriales, donde hemos tenido de chapotear, entre prodigios de agilidad y equilibrio! Qué vida tan perra la del soldado! ¡Pecador de mí! ¿Cómo no se me ocurrió hacerme fraile? ¡Qué bien estarán roncando Sus Reverencias, después de la suculenta cena! ¿Y nosotros?......¿No hay lo suficiente para desesperarse, Excelentísimos señores? (*Mejía hace un ademán de desagrado, Miramón se sonríe.*)

Mir.—(*viendo á Maximiliano*) Ahí le tenéis......!

Mej.—Cuán abatido se muestra.

Mir.—Y con sobrada justicia.

Ibañ.—¡Quiá! Paréceme que para abatirse jamás existe razón. Cierto que la zurribanda que nos ha propinado, ha sido de marca mayor; pero ¿qué nos impide devolvérsela, corregida y aumentada? El desquite......

Mej.—¡El desquite! Vamos amigo mío, no abrigue esperanza absurda. ¿Con qué elementos contamos para ello?

Ibañ.—No faltarán......

Mej.—Lo que yo creo es que á Ud. le faltará siempre el juicio.

Ibañ.—Sobre todo, mi General, cuando se trata de luchar con la adversidad. La historia......

Mir.—Perdone, Coronel; pero hay asuntos de mayor monta de que ocuparnos. (*á Mejía*) Asísteme la convicción de que S. M. no ha de aceptar jamás nuestra entrega incondicional, propuesta por Escobedo; creo, pues, que, á usted y á mí, no nos queda otro camino que el de entregarnos en brazos de una muerte honrosa, si queremos evitar la del patíbulo. La suerte de Maximiliano no me preocupa; al hermano de soberanos, al protegido de Napoleón III y de Pío IX, le guardarán los miramientos debidos. Usted está, Coronel, escudado por sus tratos matrimoniales con la señorita Almarza, hija de uno de los más influyentes en las filas republicanas......

Ibañ.—Nada he de pedir......
Mir.—Sin eso, le salvarán.
Mej.—No creo que el Emperador se ponga en seguridad abandonándonos......
Ibañ.—Lo juraría.
Mej.—El se aproxima......
Max.—¿Estabáis por aquí, señores?
Mej.—Con el fin de participar á V. M. la intimación que nos hace Escobedo.
Max.—¿A qué se reduce?
Mej.—(*Con ironía*) Simplemente, á pedir la rendición incondicional del ejército de V. M., so pena, de que, si no sucede esto antes de la próxima diana, será pasado á cuchillo.
Ibañ.—¡Cuán fácil decirlo!
Max.—¡Rendición incondicional! ¡Qué insolencia! Tal intimación no se hace y menos se acepta.
Mej.—Con tal seguridad, de acuerdo con S. E. el Ministro de la Guerra, he impartido las órdenes del caso para que los 7,000 hombres, sobre poco más ó menos, que nos restan, se apercíban á efectuar un ataque desesperado. Posible que logremos abrirnos paso. En tal supuesto, protegeremos la evasión de V. M. hasta que caiga el último de nosotros.
Max.—(*ap.*) López, mi querido López, ¿qué habrá sido de ti?
Mir.—¿V. M. I. se digna aprobar este plan?
Max.—Luego os haré conocer mi voluntad.
Mej.—No sin sorpresa debo manifestaros, que el Coronel López, á quien confié un puesto de importancia, lo ha abandonado.
Max.—Nada tema. Si desgracia personal no le ha acaecido, pronto estará con nosotros. Lo garantizo.
Mej.—Mas, como la inminencia del peligro es de todos los instantes, deseo ver si el Conde de Río-Negro, está en aptitud de reemplazarle.
Max.—Ese bravo oficial ya nada puede hacer en mi obsequio. Buscad al noble Peza.
Ibañ.—¿Qué dice S. M. I.? El de Río Negro......

Max.—Ha muerto.
Ibañ.—¡Hermano de mi alma! Perdonad Sire...... (*se aleja rápidamente.*)

ESCENA XII

Dichos: menos IBÁÑEZ

Mej.—Noble camarada, creo que nuestra separación será muy breve.
Mir.—Descanza en paz, compañero de gloria en el Cimatarro.
Max.—Antes de alejarnos de este sitio, demos el adios postrero á ese inolvidable adalid de la causa imperial.
Mej.—Vamos, Majestad (*vánse.*)

ESCENA XIII

DEL PINAR—LAURA

[*Saliendo por puertas opuestas*]

Lau.—¡Luis!
Pin.—Laura hermana mía (*se abrazan.*)
Lau.—¿A qué has venido?
Pin.—A salvar al Emperador, tráele á mi lado, sin pérdida de momento......En la situción actual es un siglo cada instante.
Lau.—S. M. vela el cadáver del Conde de Río-Negro.
Pin.—Vé y dile qué es urgentísimo que hable con él: le va la vida.......
Lau.—Luis mío ¿qué pasa?
Pin.—No te detengas.
Lau.—Una sóla palabra......
Pin.—¡Por los clavos de Cristo, marcha al punto si no quieres desesperarme.

Lau.—Dios de bondad, compadécete del Emperador (*Vase. Pinar se pasea agitado.*)

ESCENA XIV

MAXIMILIANO—DEL PINAR—LAURA

Pin.—Sire os aguardaba con viva ansiedad.
Max.—(*Estrechándole la mano*) ¿Qué le trae á este centro de desolación?
Pin.—El General en Jefe del Ejército de Oriente, con la noticia del fracaso definitivo que acabáis de sufrir, se ha permitido escribiros esta carta. Leedla Sire, y procedamos sin demora.
Max.—(*leyendo*) "Señor:—Aprecio vuestro desastre en todo su alcance. La causa imperial está perdida, sin que humano aliento pueda salvarla por la fuerza de las armas. Vuestra vida peligra. Confiáos al General del Pinar, mi ayudante, y venid á mí, con la seguridad de que sabré garantir al que venga á buscar refugio á la sombra de mis banderas: no desoigais, por segunda vez, mi voz. Venid á mí, Señor, sin pérdida de tiempo. Con profundo respeto soy vuestro obediente S.—*Porfirio Diaz.*
Pin.—Y bien, Majestad......
Max.—¿Partirán conmigo Miramón y Mejía?
Pin.—No, imposible. Esos caballeros están irremediablemente perdidos.
Lau.—Marcháos, marchemos, Sire.
Pin.—Resolvéos, Señor.
Max.—No penséis más en esto. Salvad á vuestra hermana.
Lau.—Sin V. M. no partiré.
Max.—Tu virtud...... tu belleza, en medio á la soldadezca furente y brutal que toma una plaza al asalto......Reflexiónalo por Dios.
Lau.—Eso no obstante, quedaré á vuestro lado.

Max.—¿Y si te diera orden formal?
Lau.—Aunque con pesar profundo, negaría la obediencia que os debo.
Max.—¡Esto más!
Pin.—Laura partirá con S. M., conmigo ¿por qué decirme que sólo piense en salvarla?
Max.—¿No comprende acaso? ¿No es Ud. soldado? ¿El fuego santo del honor no arde en sus venas? ¡Ah! Si......
Pin.—Piense V. M. que en el naufragio de todas las esperanzas, no os resta más camino de salvación,.. ...
Max.—Aun me queda otro, que elijo desde luego.
Pin.—¿Cuál Majestad?
Max.—El que conduce á la tumba de los mártires del deber! Vida, fortuna, honores, ventura, todo lo he puesto en aras de mi honra, y sólo me reservo esta espada para abrirme las puertas de la inmortalidad. Agradezco, General, su noble actitud. Pensamiento y corazón envío á su preclaro caudillo, á quien presiento, en época no lejana, en el pináculo de la gloria; y á tí, hija mía, que has querido seguirme, abnegada, en mi horrenda *via-crucis*, te bendigo con toda mi alma.
Pin.—Señor! Señor! Sólo tal grandeza de alma igualar puede á vuestro inmerecido infortunio.
Max.—Adios! Voy á donde el deber reclama mi presencia. Adios! (*se aleja precipitadamente.*)

ESCENA XV

Dichos: menos MAXIMILIANO

Pin.—No, no puedo abandonar al ilustre príncipe; le salvaré aún á costa de mi vida.
Lau.—Luis, hermano mío, corazón nobilísimo, salva, salva, por Dios al Emperador.
Pin.—No omitiré medio. Me pondré á la cabeza

de la primera columna en marcha al asalto y el Emperador caerá en mi poder. Si tal sucede ¡guay! del que se atreva á tocarle.

Lau.—El cielo bendecirá tu noble acción.

Pin.—Voy en demanda de Escobedo.....

Lau.—Que Dios te guíe, Luis.

Pin.—Que el cielo vele por tí. Laura no abandones esta casa, quc será nuestro punto de reunion. [*da un beso á su hermana en la frente y se aleja.*]

ESCENA XVI

LAURA—OFICIAL

Oficial.—Madre, S. E. el Mayor General me ordena anunciaros que en este momento se va á proceder al sepelio de los restos del señor Conde de Río-Negro y que se os aguarda.

Lau.—Dígale al General que no me haré esperar. [*Sale el oficial.*]

ESCENA XVII

LAURA (*llorando*)

No sé como he podido soportar, sin que el corazón estallara, el espectáculo desgarrador de la entereza con que el hombre á quien adoro va á entregarse á la muerte! Y va á morir!......(*cae de rodillas*) ¡Dios omnipotente, que estás mirando toda la amargura que hay en mi alma, compadécete de mí! Y si tu justicia infinita exige el sacrificio de una existencia para aplacarse, toma la mía; pero salva al ídolo de mi corazón. Mis dolores......(*Se escucha gritos desesperados, detonaciones, toques de corneta, etc., etc. Laura se habrá puesto rápidamente de pié.*)

ESCENA XVIII

LAURA, MAXIMILIANO, OFICIALES, AYUDANTES, GENERALES (*con espada desnuda*)

Lau.—¡Dios mío! ¿qué significa esto? Tal vez el sacrificio.

Max.—(*revólver en mano*) El enemigo nos ha sorprendido.... .

Mej.—No lo creo, Majestad. En mi concepto, alguna de nuestras brigadas se ha sublevado y fusila á sus compañeros de vivác.

Mir.—Opino lo mismo. Fijáos, Sire, en que el fuego se ha iniciado en el centro de la ciudad y no en las líneas exteriores de defensa.

Oficial.—(*entrando desalado*) Majestad, nos han vendido miserablemente. Uno de los puestos militares ha dado pasa al enemigo y le tenemos asesinando sin piedad á nuestros soldados desprevenidos.

Max.—¡No esperaba que la traición coronara la obra del infortunio!

Mej.—Ah! López, malhadado López! Tú eres el traidor que nos entrega á la cuchilla enemiga!

Mir.—¡Que nuestra sangre caiga sobre tu cabeza, asesino infame!

Max.—(*ap.*) ¡Pobre López! ¡Pobre amigo mío!

Ibañ.—Raúl, cuán pronto debíamos unirnos en la tumba.

Mej.—¿Qué órdenes se digna impartir V. M.?

Max.—La de morir? ¿y qué otra podría dar? Anhelé salvaros, en tiempo......¡Ahora es tarde!

Mir.—Pues bien, séa. ¡A morir todos! Pero antes, por la vez postrera, saludemos á nuestro egregio soberano: ¡Viva el Emperador!

Todos.—Viva!! Viva!! (*blandiendo las espadas.*)

Max.—En marcha, Señores, y que el Dios de los ejércitos nos reciba en su seno.

Lau.—(*Tomándole por el brazo.*) Por piedad, Señor..... ¿á donde vais?

Max.—(*Rechazándola con violencia*) ¡Déjame desgraciada! Voy á donde debo: á morir con esos bravos compañeros de martirio.

[*Salen todos en tropel precedidos por el Emperador. Laura cae desmayada al escuchar los gritos de ¡Viva Juárez! ¡Viva el General Escobedo! ¡Muera el tirano! que resuenan en el exterior. Recrudece el tiroteo.*]

(Cae el telón)

———•———

ACTO III.

[*Patio en casa del señor del Pinar*]

ESCENA I

LAURA—DEL PINAR—IBÁÑEZ

Lau.—¿Con que nada se ha conseguido?

*Pin.*Nada, ¡Y cuanto hube de hacer para que me nombraran defensor! Mas ¿que logré con ello? Ni un momento pude llevar al ánimo del Consejo de Guerra la necesidad de proceder con hidalguía para con los vencidos. Les aseguro que llegué hasta el punto de arrepentirme de haber salvado la vida al Emperador. La muerte en el campo de batalla le habría puesto á cubierto del encono de cierto círculo protervo. Riva-Palacios y Martínez de la Torre, están también desesperados.

Lau.—¡Infelices prisioneros!

Ibañ.—Sin embargo, alguna esperanza hay de que indulte Juárez á S. M.

Pin.—Sólo en el caso de que el príncipe lo solicite. Es cuanto ha podido alcanzar el General Díaz con su porfiada insistencia.

Ibáñ.—La actitud de este noble soldado nos com-

promete hasta tal punto que, llegado el caso, ninguna espada imperialista quedará ociosa, no obstante de ser bien notorio que el General Díaz es la verdadera encarnación del principio democrático. Seguiremos sus banderas.

Pin.—Contad con su agradecimiento. Por desgracia, creo que sus buenos deseos en favor de vosotros, se estrellarán en la obstinación que muestra S. M. en no aceptar indulto, mucho más en no pedirlo, si Mejía y Miramón no habían de obtenerlo también.

Ibáñ.—Ay! mucho temo la inflexibilidad de su propósito.

Pin.—En mi concepto, el único camino de salvación sería, encontrar el medio de conseguir la libertad sin que descienda á pedirla, y aún creo que lo he conseguido.

Ibañ.—Indíquelo, General.

Lau.—Dilo, dilo al momento.

Pin.—Escuchen. He adquirido dos hábitos pertenecientes á la comunidad de Capuchina, cuyo Convento sirve de cárcel al augusto prisionero. Cubiertos con ellos llegará U. (*á Ibáñez*) en compañía de Laura, hasta la celda en que se encuentra; le dará el que esta niña lleva, y, en el acto, escaparán con direccion á la Capital. Puesto Maximiliano á la cabeza del brillante Cuerpo que comanda Márquez, y con el apoyo decidido que el General Díaz le preste ante el Gobierno Nacional, la situación habrá cambiado. Procedan, pues, con actividad; escolta y caballos encontrarán dispuestos tras el Cementerio.

Lau.—Si amigo Ibáñez, no perdamos un momento. Oh! mil veces venturosa si el cielo me permite contribuir en algo para salvar tan preciosa vida.

Ibañ.—Si, vamos, y espero ver coronados nuestros anhelos, si S. M. presta su asentimiento.

Pin.—Es lo que van á conseguir con todo empeño.

Contamos con la guardia: no hay tropiezo alguno por esa parte. Vuestra elocuencia......

Ibañ.—Oh! Descuide Ud......

Lan.—El Cielo premiará tu noble acción, Luis......

Pin.—Que El nos preste su auxilio.

Ibañ.—Partamos.

Pin.—Si, los instantes son preciosos. (*Se levanta el telón del fondo.*)

ESCENA II

La escena está dividida en dos secciones.—La de la izquierda, pobremente anueblada sirve, de prisión á los dos Generales imperialistas.—Mejía aparece rescostado en un catre de campaña, y cubierto con largo capote militar Miramón, sentado en tosco banquillo, cercano al lecho.—La de la derecha figura una salita arreglada con decencia —Ambas secciones tienen puerta al fondo, y la que sirve de prisión á Maximiliano, otra que se supone dá entrada á la alcoba del príncipe.—Miramón está herido en el rostro.]

MIRAMÓN—MEJÍA

Mir.—¿Se encuentra mejor, General?

Mej.—No, amigo querido. He pasado una noche bien cruel aturdido por la fiebre. ¿Y cómo se siente de su herida?

Mir.—No me molesta...... ¡Es tan poca cosa! De sentirse que el golpe que la causó no hubiese sido más certero, porque de esa manera descansaría ya en paz.

Mej.—También fué mi deseo caer en la última lid. ¡Qué hecho de armas tan terrible! En mi larga vida militar jamás lo contemplé igual. Fué aquello verdadero torbellino de fuego.

Mir.—Si, se luchó con todo el ardimiento del coraje desesperado. La bandera imperial cayó, pero para cubrir un cementerio. El temerario arrojo del Emperador no pudo rayar á mayor altura. ¡Con cuanto brio retaba la muerte!

Mej.—Estuvo superior á todo elogio.
Mir.—Aquí en su prisión ¡cuán grande se muestra!
Mej.—La adversidad ajiganta la entereza de su alma. Jamás un reproche ni una queja. De sus labios sólo brotan frases de elojio y gratitud para los suyos, de indulgencia y perdón para sus victimarios. ¡Cuanto le amo! ¿Y cree, general, que cumplirán el ofrecimiento de verle hoy, hecho por nuestros guardianes?
Mir.—Es posible ¿Pero que teneis? Vuestro semblante se descompone.........
Mej.—Si, siento algo raro...... la debilidad tal vez ...... Perdone...... quiza con el reposo.........
Mir.—Si, si, procurad descansar; velaré á vuestro lado. (*se levanta, le cubre cariñosamente con el capote, y se dirije hacia una pequeña mesa en que hay varios periódicos*)
Mej.—Gracias, camarada.........
Mir.— El reposo os restituirá las fuerzas (*ap.*) ¡Cuantos años vida de combates respetaron las balas en sangrientas acciones, para que vinieran profanarla las de un puñado de tiradores en el patíbulo! ¡Bravo y desventurado General!...... Léamos ahora los insultos que nos prodiga la demagogia, raléa cobarde, desconocida en el campo de batalla, que se deleita en injuriar á los que luchan, hasta el sacrificio por sus convicciones honradas! (*Se acomoda los anteojos, enciende un cigarro y lée.*)

ESCENA III

MAXIMILIANO

Muy demacrado: viste elegante bata; aparece con una carta en la mano, que deja sobre la mesa.

¡Recuerdo bendito de mi amada! Bálsamo consolador de mis amarguras y á la vez gota de hiel que acibara el caliz de mi contraria suerte...... ....¡Carlota, Carlota mia! Has querido

que sufra esto más, has querido, en momento de lucidez cruel, enviarme este grito de dolor, sin imaginarte que iba á recibirlo al borde de la tumba...... ¡Qué agonia tan horrible te espera cuando sepas mi suplicio!....... ¡Morirás, morirás, si, para buscarme en el cielo!...... ¡Dios mio, descarga sobre mi cabeza todo el peso del infortunio, pero compadécete de esa débil criatura, á quien, en hora fatal, uniste á este desgraciado!.....(*se siente pasos*) Alguien llega.

ESCENA IV

MAXIMILIANO—OFICIAL

Ofic.—Si dais permiso A. I.

Max.—(*ap*) Ah! No hubiera dejado jamás ese título!...... Entre Ud. caballero

Ofic.—El Comandate General de la ciudad me ordena indicar á V. A. que, si lo desea, podrá ver á los señores Miramón y Mejia.

Max.—¡Que vengan en el acto!...... ¡Será el único momento grato á mi corazón......! ¡Cuan abnegados!...... [*ap*] El postrer día que luce para ellos y para mí............!

ESCENA V

Dichos:

Ofic.—(*desde la puerta de la prisión de los Generales*) Su Alteza os espera, señores.

Mir.—(*acercándose al lecho de Mej.*) General, ha llegado la hora de ofrecer nuestros respetos á S. M.

Mej.—(*incorporándose.*) Loado sea Dios. Sólo por tan feliz momento podria cambiar el de calma de que disfrutaba. (*toma su kepí, Mir. un sombrero, siguen al oficial y penetran en la prisión de Max.*)

Max.—(*saliéndoles al encuentro.*) Amigos queridos, en medio á las amarguras que saboreo, al veros siento inefable placer. Estrecho con amor y gratitud las manos que me tendéis.

Mir.—Manos, Majestad, de los que hasta la muerte, cumplen, como buenos, sagrados juramentos de lealtad á vuestra augusta persona.

Mej.—Sentimos que el triunfo de nuestra causa no sea el resultado de ese juramento, y que sólo nos quede el honor de morir, esterilmente, por V. M.

Max.—Gracias, amigos, que habeis ultimado los mayores sacrificios por mi...... Mis dolores son crueles, mis amarguras inmensas; pero vosotros lograis disiparlas con vuestro cariño y abnegación sublimes. Sentáos..... (*a Mej.*)...... Veo, mi bravo Miramón, que sufris también.....

Mir.—Algo, fisicamente. En lo moral, infinito, por la inmerecida suerte de V. M.

Max.—Y vos, ilustre Mejia ¿cómo os sentis?

Mej.—Muy mal, Sire, y sólo espero en que pongan término á mis dolores las balas que han de taladrar mi pecho

Max.—Y que me daran la honra de morir con vosotros.

Mir.—Grande las nuestra, Majestad, al exhalar á vuestro lado, el postrer aliento, que debió extinguirse con el fragor de la última batalla

Mej.—Fin tristísimo que lamentamos sobre todo· por V. M.

Max.—¿Y por qué más por mi? ¿Acaso valgo más que vosotros?

Mir.— V. M. representa algo muy sagrado.

Mej.—Oh! Si!

Max.—No piensan lo mismo los Señores á cuya merced estamos.

Mir.—Me abismo al suponer que no se trate con el respeto debido al descendiente de cien emperadores, y me sonríe la esperanza, aunque remota, de que Júarez os indultará. Nosotros no estamos en el mismo caso; nada nos escuda.

Mir.—¿Que vale nuestra vida, Sire?

Max.—Muchísimo para mí, que, desgraciadamente, no puedo ponerla hoy bajo mi amparo....... Y decidme, General Mejia ¿habeis recibido cartas de vuestra hija la Mariscala Bazaine?

Mej.—He tenido el consuelo de ver sus queridas letras. El oficial que me las entregó dijo que también V. M. había recibido correspondencia de Europa.

Max.—Sólo han llegado á mis manos una carta de mi desolada esposa y otra de su médico: las dos de muy antigua data.

Mir.—¿La salud de nuestra augusta soberana?

Max.—Muy mal. No me lo oculta el buen doctor Bocluslabech. Vais á escuchar la lectura de la carta de mi pobre Carlota; es un gemido desgarrador, tanto más cruel, cuanto que no tendrá consuelo (*se levanta vá hacia la mesa y vuelve con la carta.*)

Mir.—¡Noble, señora, tan digna de mejor suerte (*á Mej.*)

Max.—Hela aquí (*leyendo.*) "Max. de mi alma. Halagada por las mas risueñas esperanzas, expedí mi anterior desde Paris, no ha muchos días, sin haber recibido en largos meses, carta tuya ¿Que habrá ocurrido desde entonces?...... Si mis lágrimas no ofrecieran algún lenitivo á tanto martirio, el corazón saltaria despedazado. Grandes han sido la actividad y energias que, como embajadora oficiosa, he desplegado, utilizando todos los resortes posibles, para dar forma práctica á la idea que te insinuaron tus Ministros, y que, mal de tu grado, tubiste de aceptar. Desgraciadamente, todo ha sido inutil. Tu hermano el Emperador Francisco José, nada puede hacer en tu obsequio, á causa de sus asuntos complicados de Italia y de Prusia; el de Francia, el voluble Napoleón, es un intrigante de quien nada debemos esperar. Me asesina la idea del aislamiento en que te dejan ¿Qué será de tí? Te sacrificaran sin duda. Mi

corazón lo dice sin cesar, y, durante mis febriles ensueños, cruzan por el cerebro sangrientos imágines que inundan de pánico mi pecho. Sin tí mi vida es un tormento eterno, me siento morir ¿Porqué me opuse un día á tu abdicación de esa horrible corona?"

Mir.—Oh! Elocuencia la del corazón.

Max.—(*lenyendo*) "Sólo tus caricias pueden volverme á la vida. ¿En adelante gozaré de ellas? ¡Creo que si! Te conozco noble esposo mio, y sé cuanto me amas! Vuelve á mi lado, y seré feliz porque mis ojos, enrojecidos por el llanto, podrán reflejar tu imagen adorada.

Mej.—La augusta dama sucumbirá si......

Max.—(*leyendo*) "Pienso siempre en mi querido Miramar, y muchas veces he deseado visitar ese templo de nuestro amor ..... Pero me faltan las fuerzas, el valor me abandona, con sólo imaginar que estaría sin ti, Max. de mi alma. Quizá sí para mayor tormento, llegara hasta suponer que te había perdido para siempre, y ante suposición tan horrible, moriría de dolor! No, no volveré á visitarlos si, esposa infortunada, ya no he de verte más............ (*el Emperador no puede continuar la lectura; las lágrimas se lo impiden. Entrega la carta á Mir. y se pasa agitado dos ó tres veces el pañuelo por los ojos.*]

Max.—Lea, lea, General [*á Mir.*] y excusad, Señores, la debilidad que muestro en estos instantes. Pero soy hombre ¿que quereis? y amo con delirio á la martir que escribió estas líneas con la sangre de su corazón. ¡Oh! Naturaleza humana, cuan mísera eres!

Mej.—Dejemos esta lectura.....V. M. sufre demasiado......

Max.—No, no, quiero apurar, nuevamente, el cáliz de dolor hasta agotarle.

Mir.—Permitid, Majestad.....

Max.—Basta, nada escucho. Lea General, se lo mando.

Mir.—Obedezco, Sire. (*leyendo*) "No es verdad, que

pronto, unidos estrechamente por las manos, hemos de recorrer las balsámicas riberas de nuestro Rhin? Ah! Si, Max. mio! Los recuerdos del pasado, las encantadoras prespectivas del porvenir, encontrarán eco simpático en tu corazón, y ojalá consigan que arrojes en el acto; lejos de tí, esa malhadada diadema. Si á ello no te resuelves, decretas la muerte de tu infeliz Carlota."

Max.—¡Desgraciado de mi! Concluya (*á Mir.*)

Mir.—(*lee*) "Adios, pues, adorado mio: por los latidos de mi corazón voy á contar los instantes de tu ausencia. Que sea breve, si quieres encontrar á esta idólatra esposa, que tiende sus descarnados brazos pidiéndote. en nombre de su amor, que la salves de morir, porque aún puede ser venturosa. á tu lado, durante largos años- Te besa mil y mil veces, tu Carlota" (*lijera pausa.*)

Max.—Y bien, amigos míos, ya pueden aquilatar cuanto habrá sufrido mi alma al recorrer estas líneas de tan tétrica elocuencia.

Mir.—Oh! Si, Majestad......

Mej.—Esa carta es un gemido prolongado que despedaza el corazón.

Max.—¡Tambien yo tengo mi calle de "Amargura," como tendré mi "Calvario"! (*ruido en el exterior*) Y, si no me engaño, he allí que vienen los encargados de anunciarme que ha llegado la hora de subir á él.

ESCENA XV

Dichos:— DEL PINAR— MIEMBROS DEL TRIBUNAL MARCIAL—SOLDADOS—ECLESIASTICO—OFICIAL

Ofic.—El Fiscal de la República y el Sr General defensor de V. A. desean hablaros.

Max.—Que pasen (*entran todos.*) Os saludo, caba-

lleros. Y Ud General de Pinar, que tan noblemente ha abogado en mi favor, reciba este abrazo en prenda de gratitud y de cariño (*Se abrasan. Pin. estrecha las manos de los Generales.*) Ahora, Sr. Fiscal, os escucho.

Fisc.—En nombre de la República y por autoridad de la ley, tengo el triste ministerio de comunicar a V. A. I. que el consejo de guerra os condena a muerte por el crimen de haber querido cambiar V. A. en combenio con el emperador Napoleón, y mediante el apoyo de sus fuerzas de mar y tierra, la forma de gobierno que la nación se ha dado»

Max.—Falso, absolutamente, falso. Acepté, que no ambisioné jamás, el cetro, porque me fue ofrecido por buena parte, y de lo mas granado de la sociedad mexicana, y al hacerlo, tuve en mira labrar la felicidad de esta sección de América, llamada á tan altos destinos. Después me sostuve en el trono porqué soy soldado, porque tengo honor, y porque no me era dable abandonar á los mios. Falso que solicitara jamás apoyo militar de la Francia, para venir entre vosotros. Cuando pisé estas playas, ya estaban en ellas las aguilas napoleónicas, que había traido el General mexicano Almonte. Es cuanto tengo que decir. Continuad.

Fisc.—Y, á vosotros, Señores Generales, Tomás Mejia y Miguel Miramón, el mismo Tribunal os condena á idéntico suplicio, por los delitos de alta traición y rebeldía para con la Patria.

Mir.—(*á Mej.*) Conteste Ud. General, ya que por méritos y edad, tiene la prelación.

Mej.—Por la edad; que en cuanto á méritos nadie puede ostentarlos con mejores títulos que Ud. Pero estoy fatigado: le suplico que hable por los dos.

Mir.—Lo haré del mejor grado. Habeis dicho Señor Fiscal, que mi ilustre camarada y yo hemos si-

do condenados á la última pena, por los delitos de alta traición y rebeldia ¿no es asi?

Fisc.—Lo dice la sentencia, mi General.

Mir.- Pues bien, cúmpleme afirmar—con perdón de V. M. -- que en esa sentencia inicua queda cansignada, para eterno oprobio de quienes la suscribieron, una calumnia tan torpe como cobarde.

Fisc.—Reportáos, General.

Mir.—Si, tan torpe como cobarde. Imputárasenos, con justicia, delitos tan abominables si no tuviéramos á grande honra ser los más fieles, los más ardientes defensores de este augusto joven, que ha puesto al servicio de México un gran corazón y una gran cabeza. Mi compañero y yo fuimos republicanos, más republicanos que muchos de los que hoy se titulan tales, pero al fin nos convencimos,—y yo desde las alturas del poder que la forma democrática, la más hermosa en teoria, sólo sirve, en la práctica, entre nosotros, para la expoliación de los más en beneficio de los menos, para escabél de las pasiones más innobles, para eterna befa del pobre pueblo que trabaja y ora ¡Ninguna voz honrada osará contradecirme! Fuimos por eso á buscar en una dinastía secular, á este princípe, tan conocido, tan admirado en el mundo entero, por su Ciencia; por su valor y por sus idéas liberales. Por eso estamos á su lado, á un paso del patibulo, y como prueba incontestable ¡oh sarcasmo! de esa libertad de pensamiento, de esa inviolabilidad de la vida humana, que preconiza la hermosa utopia que tanto hemos des honrado......

Max.—Basta, General, se lo suplico, agradeciéndole tan noble adhesión. Proseguid, señor Fiscal.

Fisc.—He terminado. Sólo me resta, Señores, antes de separarme de vosotros, desearos la altura de espíritu indispensable para conllevar resignados la ruda prueba que os ofrece el infortunio.

Max.—No lo dudéis; no nos faltara. Ahora podéis retiraros.
Fisc.—Si V. A. I. desea obtener indulto, tengo orden de tramitar vuestro escrito.
Max.—Lo haré, pero no para mí sólo.
Fisc.—A los señores Generales no se les concede tal gracia.
Max.—Pues yo, con indignación, renuncio á ella. Marchaos en el acto: hemos concluído.
Mir.—¡Tipo incomparable de gentileza, yo os bendigo!
Mej.—Permitid, amado Soberano, que de hinojos bese vuestra imperial diestra.
Max.—No, mejor estaréis en mis brazos: Venid los dos. (*se abrazan.*)
Pin—Y á mí, Señor, al separarnos, no em queréis concederme tal favor.
Max.—Oh! Si, General, mil títulos tiene para ello (*ap.*) En U. abrazo también á Laura, y á sus compañeros en mi defensa, Riva-Palacios y La Torre.
Pin.—(*á Max. al oído*) Pedid que venga á vuestra presencia algunos Padres de este Convento. Es de vital interés. (*Se separan.*)
Max.—Bien.
Fisc.—V. A. ¿nada desea pedir?
Max.—Si, católico de fé sincera, quiero morir como he vivido, en el seno de la religión. Deseo durante las últimas horas de mi vida, estar en libre plática con Religiosos de esta Comunidad (*ap. al eelesiástico*) Primero con vos. Señor Capellán, cuya presencia aquí me explico.
Ecles.—Espero las órdenes de V. A.
Max.—Pasad á esa recámara y esperadme allí. (*se va el capellán.*) General del Pinar, ¡adiós! Conservad de mi un recuerdo grato. Y vosotros Señores, dejadme: deseo estar sólo. (*La comitiva judicial, después de hacer una profunda reverencia, se aleja*)

ESCENA VII

MAXIMILIANO—MEJÍA—MIRAMÓN

Max.—Os dejo amigos míos, por un momento. Voy á conferenciar con ese sacerdote.

Mir.—¿Me permitiréis que, después de V. M. haga lo mismo? Perdida toda esperanza en lo humano, fuerza es buscarla en el cielo.

Max.— Si, en aquellas máximas esculpidas en el corazón del hombre al calor de los besos maternales. Si ellas fueran tan sólo resultantes de un convencionalismo tradicional, impuesto por la necesidad de buscar en lo ideal lo que en la mezquina realidad no existe; ¡bendita ficción que tanto bien nos hace, sobre todo cuando rugen desencadenadas las tempestades de la vida! ¡Si, creamos, hasta que la muerte se encargue de aclararnos el gran misterio de ultra-tumba.!

Mir.—Tal es mi idea, Sire.

Max.—¿Y la vuestra mi pobre Mejía?

Mej.—Siento no estar de acuerdo en esto con V. M. y con mi querido compañero. Aunque conservador en política, no me he ocupado para nada de esas abstracciones metafísicas cuya conveniencia, á decir verdad, no alcanzo. Perdonad, Señor, mi franqueza, si os ha sido desagradable.

Max.—¡Desagradable! No, en manera alguna. Todas las convicciones sinceras me inspiran respeto, como la vuestra, que es la de uno de los hombres más honrados que conozco (*Mejia saluda con nua inclinación*) Os suplico, Señores, me excuséis por unos momentos: pronto tornaré.

ESCENA VIII

Dichos: menos MAXIMILIANO—DEL PINAR

Pin.—(*muy conmovido*) Demando vuestro auxilio para salvar al Emperador.

Mej.—Hable Ud .....nuestra vida......

Mir.—Pero advierta que en la situación extrema en que nos encontramos ¿qué podríamos hacer?

Pin.—Lo que váis á presenciar os lo indicará. La evasión del Emperador está asegurada: la de vosotros se intentará. Vuestros amigos se ocupan de ella. Conque estad prevenidos. Yo me alejo......mi presencia es necesaria en otro lugar. No digáis nada al Emperador: quedad con Dios.

Mej.—Que él os guarde (*sale Pin.*)

ESCENA IX

Mej.—Ah! naturaleza humana! ¡Un rayo de esperanza es bastante para hacerte reaccionar! Ya se había apoderado de mi alma la resignación á lo inevitable, y hé aquí que las palabras de ese joven generoso hacen revivir el deseo del calor del hogar, del beso del hijo querido, de las sonrisas de la dulce compañera de la vida.

Mir.—También me halaga alguna esperanza, siquiera sea la de morir con una arma en la mano......

ESCENA X

Dichos: Maximiliano

(*Miramón á una seña del Emperador habrá entrado á la alcoba*)

Max.—Estoy listo ya para la gran jornada.

Mej.—También yo, Majestad. Lo único que me resta es arrancar de la memoria el recuerdo de los míos; pero ¡ay! esto es imposible.

Max.—Ah! General! Ni una palabra más, os lo suplico. Dejemos que el alma se abisme en el mar sin orillas del dolor; pero, la materia que se muestre imperturbable. No ofrezcamos, con nuestra debilidad, una satisfacción más al enemigo.

Mej.—Debilidad! Jamás! Moriremos cual cumple á vuestros compañeros de martirio.

Max.—Y, sobre todo, á los que pertenecemos á este Ejército, admiración del mundo.

ESCENA XI

Dichos: Mejía—Eclesiástico

Ecles.—Por ahora, ha concluído mi misión en este sitio. Voy al templo á orar por vosotros.

Max.—Gracias, Señor; que Dios os escuche.

Ecles.—También me acordaré de Ud., Señor General (*á Mejía.*)

Mej.—Como guste, Capellán; me es indiferente, pero me obliga su cortesía. (*Vase el sacerdote.*)

ESCENA XII

Dicho: menos CAPELLÁN—LAURA—IBÀÑEZ—PINAR

Pin.—He aquí, Señor, que vienen los Reverendos que deseabáis cerca de vos (*cierra precipitadamente la puerta.*)

Max.—Bien venidos seais, Padres míos.

Lau.—(*arrojando la capucha hacia atrás*) Majestad! (*se precipita en los brazos de Maximiliano.*)

Max.—Laura!..... mi hija! ¿Tu aquí?..... ¿A qué has venido?

Lau.—A salvaros mi amado señor, á arrancaros de manos de los verdugos, para que llevéis ventura y vida á vuestra augusta consorte que agoniza.

Max.—Carlota mía!......Carlota dc mi alma!......

Ibañ.—Si, Majestad, todo está arreglado......Sólo falta......

Max.—Gran Dios!......Es posible......tú, Guillermo amigo, tú, á quien suponía en la eternidad...... Ven á mis brazos, también (*á Laura*) y que sienta sobre el mío latir vuestros corazones. (*Se abrazan.*)

Pin.—No perdáis el tiempo en esas expansiones de de ternura tan naturales; pero muy inoportunas en estos momentos. No hay instante que perder.

Max.—¡Cómo! ¿Ud. General, pertenece al número de criaturas abnegadas que se agrupan en torno mío en esta hora suprema?

Pin.—También yo concurro á la obra de vuestra salvación, y, al hacerlo, interpreto los anhelos de mi ilustrc Jefe.

Max.—Pero, Cielo santo!......Nada comprendo...... ¿Qué es lo que se pretende de mí.

Pin.—Dadme, Laura, ese hábito.......cubríos con él, Sire, seguid al Coronel Ibáñez. El General Porfirio Díaz os espera.

Max.—¿Y esos queridos compañeros de infortunio?......

Pin.—A una señal convenida, algunos bravos imperialistas se lanzarán, puñal en mano, sobre la escolta funérea y los arrebatarán. Coronel (*á Ibáñez*), dele las armas que para ellos trae. Que las esgrimiréis, Generales, con el heroismo acostumbrado, ¿quién puede ponerlo en duda? (*Guillermo les entrega revólver y puñal á cada uno.*)

Ibañ.—Es el momento de salvaros.

Lau.—Resolvéos, Majestad.

Max.—Estoy resuelto.

Lau.—¡Gracias, Dios mío!

Pin.—Disfrasáos, pues, y partid.

Max.—No, no partiré.

Lau.—Ah!

Max.—Me quedo. Faltaría tal vez un brazo más en el empeño salvador de estos valientes, y ese ¡oh vergüenza! sería el mío. Poned en mi mano una hacha de abordaje, y veréis si me acuerdo de que soy marino. Consígamela, General......

Mir.—[*cae de rodillas y toma la diestra del Emperador*] Huid, Huid, Sire, quien tanto os ama lo pide de rodillas.

Mej.—[*en la misma actitud, le toma la otra mano y se la besa*] Escuchad á vuestro viejo amigo; no os dejéis asesinar; no arrastréis á la tumba á vuestra noble esposa, que, en su locura, os llama á gritos.

Lau.—[*lanzándosele al cuello*] Padre, padre de mi alma!... Huyamos, la hora fatal va á sonar......

Pin.—Un momento más de retardo y estáis perdido. Marchad......

Ibañ.—Huyamos......

Max.—¡Basta, basta, por piedad! ¿No comprendéis, acaso, que mi corazón no puede resistir por más tiempo, sin estallar en mil pedazos, estas emosiones que sobrepasan el límite de la resistencia vital?...... ¡No puedo más! ¡Dejadme!...... ¡No amarguéis, amigos, los últimos

instantes de mi vida! ..... General del Pinar, diga á los suyos que no prolonguen esta agonía sin par [*rumor de voces en el interior*] Ah! creo que ha sonado la hora. [*La puerta es abierta con violencia—aparece un oficial con la espada desnuda, seguido de varios soldados*]

ESCENA XIII

Dichos.—OFICIAL

Ofic.—Aquí dos centinelas. [*señala la puerta principal*]. Otros dos en aquella puerta [*la de la alcoba*].

Ibañ.—Estamos perdidos [*poniéndose la capucha*].

Lau.—Fatalidad! Fatalidad!

Max.—(*ap.*) ¡El patíbulo!...... ¡mi esposa!...... ¡Qué horror!

Pin.—¿Qué significa esto, Capitán?

Ofic.—Se ha descubierto un complot imperialista, para salvar á los prisioneros, y S. E. el General en jefe toma sus medidas de seguridad. El plan era audaz, pero descabellado.

Max.—(*ap.*) ¡Oh! amigos míos!...... ¡Cuánto hacéis por mí!......

Mir.—No hay esperanza alguna de salvación para V. M.

Max.—Para mí solo no la hubo jamás (*se escucha el redoble de tambor*).

Ofic.—Es la señal de conduciros. Os espero señores......

Pin.—¿Cómo?

Ofic.—Se ha anticipado la hora de la ejecución, mi General.

Lau.—Un milagro, Señor. Para tí no hay nada imposible'...... (*cae de rodillos llorando*).

Ofic.—Os suplico que me sigáis, A. I.

Max.—Aguarde Ud. un momento: voy á cambiar de traje.

ESCENA XIV

Dichos menos MAXIMILIANO

Mir.—(*á Mejía*). Compañero de glorias y de infortunio, permitid que, antes de subir al cadalso, os estreche en mis brazos. Vamos á morir, pero la historia nos hará justicia.

Mej.—Sí, General, abrazémonos por la vez postrera. Heróico soldado. ¡Adiós!......

[*Se abrazan estrechamente*].

ESCENA XV

Dichos:— MAXIMILIANO (*Con vestido negro de etiqueta*)

Max.—Seres queridos de mi corazón, la contraria suerte me depara un fin innoble, que muy ajeno estoy de merecer. La rectitud de mis intenciones me lo está diciendo á gritos. ¡Mexicanos, Americanos todos, os amo con toda mi alma, y al juraros, al borde de la tumba, que sólo anhelo vuestra ventura, confío en que sabréis perdonarme el mal que, sin quererlo, pude causaros. Por mi parte, perdono á mis enemigos.

Ibañ.—Dénos V. M. su imperial mano á besar.

Ofic.—Prohibo á Su Reverencia, dar semejantes títulos......

Max.—Déjele Ud. ¡vive Dios!...... déjele que salude en mí la majestad de la muerte (*caen de rodillas los Generales Mir. y Mej. é Ibáñez.*) (*Max. tiende la mano sobre sus amigos, sus labios se agitan como murmurando una plegaria.* ¡Basta......¡ Amorir!. ... ¡Vamos! ......¡Adiós!......

Lau.—¡Majestad!...... ¡Soberano mío!......¡Adiós para siempre! (*Max. seguido por dodo el cortejo militar se aleja. Las campanas tañen lúgubremente. Se escucha lejano sonido de una marcha fúnebre. Laura se precipita en pos del Emperador: del Pinar la contiene.*

ESCENA XVI

DEL PINAR—LAURA—IBÁNEZ

(*Pregón interior*). "LA REPÚBLICA CONDENA A MUERTE AL CABALLERO FERNANDO MAXIMILIANO DE HABSBURG, TITULADO EMPERADOR DE MÉXICO Y A LOS GENERALES TRAIDORES TOMAS MEJÍA Y MIGUEL MIRAMÓN. QUE SE CUMPLA LA LEY."

Lau.—Oh! ¡Qué horror!! Dios mío, tened piedad de ellos!

Pin.—Vamos! Laura, á llorar bajo el paterno techo, esta espantosa tragedia que colmará de horror al mundo. Vamos, pobre hermana mía. (*Se oye una descarga.*) (*Laura lanza un alarido de dolor y cae desmayada. Luis y Guillermo la auxilian*

Voz.—¡Viva la República!

Vocería.—¡Viva!

CAE EL TELÓN

FIN DEL DRAMA

Lima, 9 de octubre de 1906.


LIMA
TIP. "EL LUCERO"
Baquíjano 767